

Marginalidad y poder en la novela *Los albañiles*, de Vicente Leñero

Un acercamiento analítico a los personajes



Como críticos, teóricos o estudiosos de la literatura, aspiramos a escrutar razonablemente los fenómenos que se involucran en la actividad literaria. El presente es un análisis que pretende ser exhaustivo sobre una de las primeras novelas de corte experimental que ubica su trama en un espacio urbano y con un motivo policiaco: *Los albañiles*. Escrita por el jalisciense Vicente Leñero en 1963 y publicada al año siguiente, se hace acreedora al premio a la mejor novela del sello editorial Seix Barral/Planeta. Así se convierte en la primera obra mexicana reconocida con este galardón.

El relato nos ofrece una versión intensa de la creciente urbanización mexicana al rescatar de la oscuridad a un colectivo de trabajadores que en su gran mayoría emigró del campo a la ciudad para buscar –y quizá encontrar– una salida a sus desventajas y problemas económicos, el mundo de la construcción, de la ardua tarea de construir los proyectos planeados por otros. Los albañiles son hombres de todas edades con origen común: muy jóvenes, maduros y viejos que dejaron el trabajo de la milpa y la yunta, por el de las varillas y la mezcla.

Marginalidad y poder en la novela
Los albañiles, de Vicente Leñero.
Un acercamiento analítico a los personajes

Colección Graduados
Serie Sociales y Humanidades

No. 7

Gabriel Medina González

Marginalidad y poder en la novela
Los albañiles, de Vicente Leñero.
Un acercamiento analítico a los personajes

Universidad de Guadalajara
2010

Primera edición, 2010

D.R. © Universidad de Guadalajara

Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades

Editorial CUCSH-UDG

Guanajuato 1045

Col. La Normal

44260 Guadalajara, Jalisco, México

ISBN Obra completa 978-607-450-155-1

ISBN E-book 978-607-450-263-3

Hecho en México

Made in Mexico

Índice

Introducción	9
Relación de personajes protagónicos: don Jesús e Isidro	17
Estrategias persuasivas y vínculos estrechos	18
Jacinto y don Jesús en una disputa por Isidro	26
Celerina: una intrusa placentera	30
La metamorfosis de Isidro	35
Una empatía para trascender	36
Un protagonista excepcional	37
Resabios de una herencia añorada	37
Aspectos de un marginado	40
“Los endemoniados”	43
El velador y el ingeniero	49
Un pícaro perverso	53
Carácter de un perseguido	55
Los albañiles	59
Un colectivo en el estigma	60
Una reivindicación de los albañiles	62
Conclusiones	67
Ética de un marginado	67
Modernidad y resistencia	68
Bibliografía	73

INTRODUCCIÓN

Como críticos, teóricos o estudiosos de la literatura, aspiramos a escrutar razonablemente los fenómenos que se involucran en la actividad literaria. El presente es un análisis que pretende ser exhaustivo sobre una de las primeras novelas de corte experimental que ubica su trama en un espacio urbano y con un motivo policiaco: *Los albañiles*.¹ Escrita por el jalisciense Vicente Leñero en 1963 y publicada al año siguiente, se hace acreedora al premio a la mejor novela del sello editorial Seix Barral/Planeta. Así se convierte en la primera obra mexicana reconocida con este galardón.

El relato nos ofrece una versión intensa de la creciente urbanización mexicana al rescatar de la oscuridad a un colectivo de trabajadores que en su gran mayoría emigró del campo a la ciudad para buscar –y quizá encontrar– una salida a sus desventajas y problemas económicos, el mundo de la construcción, de la ardua tarea de construir los proyectos planeados por otros. Los albañiles son hombres de todas edades con origen común: muy jóvenes, maduros y viejos que dejaron el trabajo de la milpa y la yunta, por el de las varillas y la mezcla.

Aunque la metrópoli es territorio donde las expectativas se multiplican, donde “todo hay”, falta lo básico para muchos. La desigualdad de clases sociales y su persistente antagonismo, se manifiesta en el mismo mundo de la construcción. De una realidad provienen los ingenieros, de otra los albañiles y el resto de trabajadores que intervienen en la obra. Mundos que chocan y se enredan entre sí, con sus marcadas y estrictas

¹ Para el presente análisis me basé en la obra de Vicente Leñero (1964). *Los albañiles*. México: Seix Barral/Planeta.

diferencias pero con sus importantes similitudes en las pasiones humanas: el rencor, el resentimiento, la frustración, la ira...

De esa oscuridad social, emerge el personaje protagónico que desata el conflicto principal de la novela: don Jesús, el velador de la obra, quien cierta mañana aparece muerto en uno de los departamentos en construcción. Sin duda alguien lo mató, tiene huellas de violencia que así lo advierten. ¿Quién pudo quitarle la vida a un anciano velador epiléptico? Según las hipótesis policíacas presentadas a lo largo de la novela, todos ellos pudieron ser: los favorecidos y los desfavorecidos, los que mandan y los que obedecen, los pobres y los ricos que se cruzaron en el destino fatal de don Jesús durante su trabajo de velador.

Pudo ser, quizá, Isidro, el joven peón de albañil que tenía una íntima relación con el anciano, que escuchaba atentamente sus historias sobrenaturales y los consejos eróticos –al calor del fogón y de la noche– cuando ya los demás se habían ido de la obra. Pudo ser, tal vez, Sergio García, el joven plomero que soportaba religiosamente las insinuaciones sexuales con que los albañiles –y especialmente don Jesús, cierta noche en que las insinuaciones se volvieron acciones concretas– acosaban a su hermana adolescente.

Pero también pudieron ser los que mandan en la construcción: el hijo del ingeniero Zamora Federico –conocido entre los albañiles como Nene–, quien, harto de las burlas de los trabajadores y reiteradamente del viejo velador, podría haber descargado su furia contenida por meses en la cabeza del anciano. Pudo ser también el maestro de la obra, *Chapo Álvarez*, quien, presa del deseo por una mujer (la esposa del anciano), y presa también del resentimiento hacia don Jesús, asesinara en pleno departamento de la obra a su otrora protegido.

Los albañiles presenta la oportunidad de dejar en la penumbra las respuestas certeras al asesinato del enfermo velador; ofrece en cambio las piezas que le dan forma a un rompecabezas que se mira desde los ángulos que cada albañil, ingeniero u hombre sospechoso, también aporta a un investigador policiaco que se aferra a no caer en los métodos tradicionales para obtener culpables.

Es importante no dejar pasar el hecho de que los sospechosos, *todos*, son varones con quienes don Jesús, durante su trabajo en la obra, llegó a

tener problemas. Las mujeres (esposa o joven abusada sexualmente), en cambio, a pesar de tener motivos para querer desaparecer físicamente al viejo, no son tomadas en cuenta para esclarecer el crimen en los respectivos interrogatorios. Si los albañiles son marginales, las mujeres con las que se relacionan lo son aún más. Su voz se oculta en un mundo masculino dominado por y para los hombres, que se refleja, en este caso, en el espacio de la construcción y en el de la procuración de la justicia.

De tal modo, esta novela policiaca responde a una literatura comprometida que dio origen a la *Neopolicial*, que Paco Ignacio Taibo II refiere como “la gran novela social del fin del milenio. Este formidable vehículo narrativo nos ha permitido poner en crisis las apariencias de las sociedades en que vivimos. Es ameno, tiene gancho y, por su intermedio entramos de lleno en la violencia interna de un Estado promotor de la ilegalidad y del crimen”.²

Es por ello que me resulta particularmente interesante la conformación discursiva de *los albañiles* en la novela, debido al contexto social en el que surge, y en el que se impulsaba especialmente, desde el discurso oficial, un proceso de modernización en las esferas principalmente urbanas.

Este tipo de modernización tiene sus particularidades en la movilidad³ de la gente del campo hacia la ciudad, en un primer momento, y en la posterior metamorfosis como *trabajadores* de la construcción; en consecuente relación laborar-asalariada ya en la creciente industria. Estos dos sentidos semánticos se contienen en las figuras del *campesino* y el *obrero*.

² M. Scantlenbory (2000) “Paco Ignacio Taibo II: La novela negra es la gran novela social de fin de milenio”.

³ En este sentido Juan Acha nos dice con relación a este fenómeno migratorio: “Durante los años cincuenta llegó a su mayor intensidad la formación de los cinturones de miseria en torno a la ciudades principales de cada país latinoamericano, los cuales en los años setenta u ochenta invadieron el centro de nuestras capitales, como ambulantes de la economía informal o subterránea (...) El empobrecimiento del campo y de las provincias fue la causa de la migración a la ciudad de gran cantidad de población”. Juan Acha (1994). *Las culturas estéticas de América Latina*, p. 147.

La primera con mayores lazos a un tiempo pasado rural y la segunda a un presente subordinado a la industrialización urbana.

En su ensayo *La jaula de la melancolía*, Rober Bartra identifica al campesinado con un profundo sentimiento de nostalgia y al proletario con un profundo resentimiento; ambas determinadas por el influjo de la modernidad (1996: 136).

A raíz de estos fenómenos me interesa indagar en *las relaciones de poder*⁴ y *la marginalidad*⁵ a la que se someten los personajes unos a otros. Por

⁴ Según Michael Foucault y otros “El poder, en realidad, son unas relaciones, un conjunto más o menos coordinado de relaciones. (...) En un sentido lato, poder es la capacidad de hacer de un sujeto. Es decir, un sujeto tiene poder en la medida en que, a partir de sus recursos materiales, sociales y simbólicos, puede hacer una determinada cosa. Desde una concepción marxista el poder no sólo alude al poder-hacer, sino al poder-sobre. Desde esta perspectiva el poder consiste en un atributo o recurso que algunas personas tienen, asumiendo que el poder se sitúa en un lugar de la estructura social. Tal capital material o simbólico los diferencia de los otros sujetos de su comunidad territorial, social o simbólica, puesto que esos otros serían los que no tienen el poder. De este modo, poseerlo permite imponer determinado modelo de acumulación y establecer las reglas del juego político y el orden social. De ahí viene el atractivo y placer que produciría la proximidad a los sujetos o lugares sociales que proyecten detentar algún tipo de poder. Siguiendo un enfoque distinto a los tradicionales del poder, asumo que el poder no se detenta sino se ejerce en toda la densidad y sobre toda la superficie del campo social, conforme a un sistema de relaciones, conexiones, transmisiones, distribuciones, etc. De esta manera, el poder se asume como un proceso (no como un recurso) que implica una tensión permanente entre los sujetos que entran en relación y, por ende, nunca está en su totalidad en alguno de los sujetos que interactúan. La riqueza de esta perspectiva es considerar el ejercicio de la resistencia como elemento consustancial del poder. Sin la presencia de la resistencia, el escenario no sería de poder sino de dominación”. Citado en Gabriel Medina Carrasco (2006). *Deseo y poder relaciones de intimidad*.

⁵ El término marginalidad, “se refiere al trato desigual y discriminatorio hacia grupos minoritarios, en donde la sociedad los pone o los deja en condiciones sociales de inferioridad” (www.redestb.es/lambd/mactual6). Algunos otros

ello el análisis se centra a nivel de la anécdota y busca indagar en las relaciones entre agresor-agredido, víctima-victimario u opresor-oprimido.

Para tal fin es indispensable un análisis minucioso del material textual y no necesariamente del contexto social en el que surge la obra a la manera de la sociología de la literatura, la cual establece una relación directa entre el texto y la *realidad* social. En cambio, bajo la perspectiva de la sociocrítica de Edmond Cros,⁶ se permite identificar y describir las incidencias y problemáticas estrictamente textuales, que proporcionen una mejor focalización, en este caso, de diversos personajes y de *los albañiles* como personaje-colectivo; esbozando, así, sus contradicciones, anhelos y motivaciones en su comunidad laboral.

En consecuencia, mediante un análisis de la estructura discursiva que intenta ser riguroso, se indagará en las incidencias sociales que se plantean en el propio texto, para así, finalmente, esgrimir algunas posibles huellas ideológicas. Se trata, en otras palabras, de averiguar cómo lo social y su aspecto ideológico están vertidos dentro del texto.

Para ello también me apoyo en algunas nociones diversas surgidas del psicoanálisis, los estudios culturales y la historia. De la primera perspectiva, basada en la dialéctica, rescato la idea de que no hay certezas ni valores absolutos que puedan tener validez en toda circunstancia y en todo grupo humano. El psicoanálisis indaga en las profundidades de la mente y muestra que los humanos somos capaces de “todas las posibi-

sinónimos como discriminación nos habla de “un trato desigual y desfavorable que niega derechos o beneficios sociales a miembros de una categoría social particular; ora imponiendo cargas especiales, ora otorgando favores exclusivos a miembros de otras categorías: ambas situaciones, creando desigualdades entre aquellos que pertenecen a una categoría privilegiada y los otros no. El supuesto de ésta es la identificación del individuo con una determinada categoría que puede ser la raza, color, sexo, origen étnico, religión, etc., atribuyéndole a ese ente las características negativas de la propia categoría”, citado en Mariela Solano (2006). *La marginación de los homosexuales en el ámbito familiar, laboral y educativo en Costa Rica*, p. 7.

⁶ Edmond Cros (1997). *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.

lidades de maldad".⁷ Si bien es cierto que no estamos hablando de humanos, sí de personajes de una novela de carácter realista⁸ que se centra en la *cotidianidad* de los albañiles,⁹ alterada por el asesinato del velador.

De este campo de estudio, me interesa la relación del "no consciente de las motivaciones reales"¹⁰ en los seres humanos, con los juicios sobre la conducta humana propios de la ética. Así, las manifestaciones conductuales de los personajes se basan en condicionantes biográficas, sociales e históricas que están fuera del acceso de su conciencia y a veces de su control; estas conductas se apoyan en una ética particularmente laxa y ambivalente.

En este sentido, tanto el concepto de *sujeto transindividual* y de *sujeto no consciente*, como mediaciones del discurso literario, nos permiten "definir el discurso de un grupo social determinado mediante sus especificidades léxicas, semánticas y sintácticas que transcriben, de un modo no consciente, indicios de la inserción espacial, social e histórica del mencionado grupo".¹¹

Ahora bien, con respecto a los estudios culturales se consideran algunas nociones clásicas de Pierre Bourdieu,¹² que nos hablan de *cultura legítima*, *cultura media* y *cultura popular*, que confluyen ya sea integrándose o excluyéndose mutuamente. Y también desde el criterio de la *evolución social*, el cual nos permite hacer la distinción entre *culturas tradicionales* (propias de las sociedades étnicas o agrarias preindustriales) y *cultura moderna* (entendida como la conjunción específica entre cultura de masas y cultura científica en un contexto urbano).¹³

⁷ Raúl Páramo Ortega (2006). *El psicoanálisis y lo social. Ensayos transversales*. México: Universitat de València/Universidad de Guadalajara.

⁸ Para abundar en la relación entre literatura y realidad véase: Renato Prada Oropeza (1999). *Literatura y realidad*. México Universidad Veracruzana....

⁹ Que Vicente Leñero conocía bien desde su posición de ingeniero civil.

¹⁰ Páramo Ortega, *op. cit.*, p. 17.

¹¹ Nara Araújo y Teresa Delgado, selección e introducción (2003). *Textos de teoría y crítica literaria. Del formalismo a los estudios postcoloniales*, p. 680.

¹² Pierre Bourdieu (1991). *La distinción*. Madrid: Taurus.

¹³ Gilberto Giménez (2003). "La investigación cultural en México. Una aproximación". José Manuel Valenzuela, coord. *Los estudios culturales en México*, pp. 56-57.

No pretendo desentrañar la estructura *laberíntica* de la narración. Aunque ello implicaría un arduo trabajo lo considero ocioso, ya que de qué serviría el reconstituir lineal y cronológicamente lo narrado. Creo, incluso, que sería un atentado contra el disfrute y la asimilación autónoma que cada individuo tiene sobre cualquier obra artística. Creo no exagerar sobre todo porque es evidente que, en este caso, la intención estética, entre otros recursos, está basada en un cierto “desorden” narrativo.

Por el contrario, pretendo un análisis dinámico, en constante reflexión, donde distintas herramientas conceptuales permitan deslumbrar las problemáticas discursivas y simbólicas que en la *instancia narrativa* interactúan.

Los albañiles es una de esas novelas extraordinarias, en las que se exige un lector competente y más aún un análisis serio y constante —éste que aquí se presenta es sólo un acercamiento—. La estructura discursiva carece de una secuencia cronológica y sencilla. Los acontecimientos se van desplegando, ya sea mediante el diálogo entre los personajes, o bien, por lo relatado por diversos narradores (con las variantes del diálogo inconexo de albañiles y del fluir de la conciencia), o por lo dicho bajo el interrogatorio a los sospechosos, etc.

Por lo extenso del relato, centro el análisis en aquellas partes que me parecieron más significativas para comprender cómo se establecen las relaciones de poder y la marginalidad entre los personajes. Por ello tuve que descartar algunos relatos que de igual forma son tan relevantes como los que escogí. Debo confesar que la elección no me fue sencilla por la complejidad antes mencionada.

Así pues, en el primer capítulo se encontrará la relación que se establece entre el protagonista principal, don Jesús, y el joven Isidro, en torno a otros personajes y en especial a Celerina, la novia del peón. En este capítulo se indaga en cómo la paternidad, la seducción, el sexo, la agresión y las historias fantásticas se entrelazan en estas relaciones.

En el segundo capítulo se aborda al complejo protagonista de la novela: don Jesús. Sus orígenes, manías, fobias e historias; su eterna y pesada confrontación con su destino a raíz de la maldición de *los endemoniados*; su facilidad para sobrevivir y sus confrontaciones y afinidades con Federico, el hijo del ingeniero, dueño del proyecto en construcción.

Finalmente se concluye con un tercer capítulo donde se analiza el personaje colectivo que le da el nombre a la novela. Concretamente en dos aspectos: su condición de marginados mediante una estigmatización y sus estrategias para subvertir su circunstancia desfavorable.

RELACIÓN DE PERSONAJES PROTAGÓNICOS:
DON JESÚS E ISIDRO

Desde el inicio de la novela se entreteje el vínculo entre los dos personajes que, dentro de las relaciones que conforma al colectivo los albañiles, son en cierto sentido los más marginados: Isidro y don Jesús. El primero, el peón más joven, en el último peldaño en la jerarquía laboral, y el segundo, el velador de la obra, entre el desamparo, la maldición y el rechazo, ya sea dentro o fuera de este grupo. Esta particularidad de marginados es, entre otras consideraciones, la que posibilita su acercamiento.

En este sentido, la figura de Isidro alcanza un grado protagónico similar al del propio don Jesús, pues constituye la principal motivación de los relatos de éste; es mediante la interlocución con el joven que conocemos la mayor parte de los orígenes, las fobias y las manías del propio testimonio del protagonista. Por ello creo relevante referirme específicamente a esta relación que, además, se entabla entre el más anciano y el más joven en esta comunidad laboral.

Esta compleja relación se dibuja en los límites del chantaje emocional, el abuso y una adopción filial casi mágica. La autoridad e influencia que va desarrollando el viejo sobre el aprendiz está plagada de estrategias diversas, que van paulatinamente logrando su objetivo. El principal propósito del velador consiste en descargar sus traumas y fantasías en el joven, como en una especie de exorcismo para poseerlo moral y carnalmente.

Aquí desarrollaremos una descripción del cómo se va presentando la persuasión e influencia de don Jesús hacia Isidro, en una relación de víctima-victimario centrada en el aleccionamiento del viejo hacia el joven, y en la cual intervienen particularmente Celerina y Jacinto.

En el primer encuentro que se narra, el peón es sometido a una burla generalizada por haber tropezado. Don Jesús después del suceso le hace saber que no reía como *los albañiles*. La intención del velador es la de pronto ganarse la confianza del joven, deslindándose de éstos: “Reían los albañiles y reía don Jesús. /–Pero lo que pasa es que yo no me río de ti igual que ellos, me río de lo chistoso del azotón que diste, nada más. Ahí está la diferencia –le decía a las ocho de la noche...” (p. 7). Es mediante este argumento de tipo falaz que don Jesús justifica su “benevolencia”, revelándose desde el inicio un acercamiento cimentado en una persuasión que intenta manipular y establecer jerarquías.

Resulta particularmente interesante hacer notar que, como parte de ese propósito persuasivo, sólo ante Isidro don Jesús denigra en varias ocasiones la condición del *albañil*. Incluso le oculta que durante varios años trabajó en ese oficio como si esa etapa de su pasado fuera deshonrosa. El viejo pareciera creer que si Isidro conoce ese pasado su influencia sobre él sería menor, pues éste le daría el *desprestigiado* estatus de albañil. Sin embargo, don Jesús está dispuesto a revelarlo si eso le permite ganarse al joven: “Aunque bueno, está bien, si era mucha la curiosidad de Isidro se lo iba decir” (p. 18).

Detrás de este proceder se contiene una fuerte estigmatización hacia los albañiles, que, aunado a la disputa por la confianza del joven, alcanzan el carácter de adversarios del viejo. En reiteradas ocasiones, éste pierde la paciencia sólo cuando se da la posibilidad de que su dicho sobre “la maldición” sea poco creíble por Isidro y cuestionado por algunos albañiles, quienes a través de Jacinto creen que las alucinaciones y los ataques que sufre el anciano son producto del paludismo.

Isidro está casi convencido de esta versión inicialmente, y es víctima de una violencia verbal por parte del viejo, en un intento para restablecer el control que él mismo había venido tejiendo sobre el joven. Don Jesús le atribuye a su experiencia la veracidad de sus historias “inverosímiles”. La simple puesta en duda de ésta, su verdad, lo exalta, lo encoleriza aunque pronto recapacita y matiza su agresividad con una serie de preguntas marcadas por un sutil chantaje. Don Jesús siente vulnerada

su integridad moral porque no aceptan su condición de víctima de una fuerza *maligna*:

- Ya me hice bolas –interrumpió Isidro.
—Ahora que estoy viejo sé que era verdad –dijo don Jesús.
—Que era verdad qué.
—El mal de ojo, estúpido.
—Pero si eran fiebres.
—No seas pendejo.
—El maistro Jacinto dice que usted es puro cuento.
—Pues lárgate entonces... Ándale ¿por qué no te largas? A ver...
—Los aparecidos no existen.
— ¿Quién dice que no existen?
—Pos no existen.
— ¿Entonces qué haces aquí sentadote?
—Nomás.
—Muy bien, con que dices que no existen... Muy bien. ¿Ni tampoco el mal de ojo existe para ti?
—No, es puro cuento.
— ¿Y si te digo que he visto a los aparecidos?
Isidro levantó los hombros.
—Venga para acá escuincle pendejo. Acérquese, ándele, no me tenga miedo.
—Ya me voy.
—No, no, acérquese. Ándele... Ándele, Isidro, acércate. ¿Tú crees que este pobre anciano es capaz de contarte mentiras? ¿De veras me crees un viejo hablador? ¿Qué iba a ganar? A ver, dime, qué gano yo con hacerte buey. Si te cuento mis cosas es porque creo que eres vivo y que cuando seas grande vas a ser más vivo todavía, no como esa bola de albañiles que no creen en nada. (...) Les faltan sesos, Isidro, son unos ignorantes (pp. 23-24).

Don Jesús es un hombre de edad madura que, no obstante, manifiesta estar aún en una etapa adolescente pues muestra, mediante la agresión, vulnerabilidad y debilidad propias de este periodo: *la vulnerabilidad del*

adolescente lastimado.¹ Sin embargo, en un instante cambia de la agresividad a la adulación para impedir que Isidro lo deje, y así retomar la cercanía ya lograda y acrecentar más su poder. Para ello recurre de nueva cuenta a la comparación con los albañiles, donde el contraste está determinado, repito, por la incredulidad de éstos a sus historias fantásticas. Isidro es sujeto de un falso argumento donde está invertido el sentido de las premisas: los albañiles son ignorantes porque no creen en *los endemoniados*, porque cuestionan la veracidad de su influencia sobrenatural; porque dudan. Cuando la presencia de la duda es la que posibilita la construcción del conocimiento y, por tanto, el combate a la ignorancia.

En este sentido, don Jesús evoca y asume la figura de un maestro establecida por tres factores: su experiencia, un discurso aleccionador y el contraste que establece con los albañiles bajo el estereotipo de la ignorancia. El velador tiene la firme intención de que Isidro lo tome como su guía y más aún como su propio padre. Incluso es capaz de ofrecerle a su hija para que éste ensaye su sexualidad y se satisfaga, en su momento, con Celerina:

...Y tú no, por eso me caes bien. Desde que llegaste dije: éste es vivo; y hasta hoy es cuando me pones a dudar... ¿Sabes qué es lo que pasa?, que todavía no me conoces bien. Pero deja que te platique todas las que yo he pasado para que te des cuenta y aprendas. (...) Mejor que te estés conmigo a que andes de baboso perdiendo el tiempo. Yo te puedo enseñar muchas cosas; historias me sobran y tengo consejos que darte. A falta de un hijo que nunca tuve, o que si tuve no sé... ¿qué te parece?, es cierto, je, je... uno nunca sabe; hay tanta vieja que no volví a ver que quién va adivinar los hijos de uno que andan pisando la tierra. No, un hijo, lo que se llama un hijo, ése no. Una hija sí, hasta que me demuestren lo contrario, je, je...

¹ “El traficante de drogas, el líder político venal, el que maltrata a la esposa (...), el cura “más papista que el Papa”, cualquier delincuente, el entrenador que ridiculiza a sus atletas (...). Todos estos hombres tienen algo en común. Son todos adolescentes que fingen ser hombres. Se convirtieron en lo que son honestamente, porque nadie les mostró cómo es un hombre maduro”. Robert Moore y Douglas Gillette (1993). *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*, p. 32.

¿No la viste el otro día? Si la pobre no estuviera tan jodida yo mismo iba a decirte que te echaras uno con ella para que fueras agarrando experiencia. Deveras, Isidro. Soy un malhora pero te tengo voluntad así nomás, porque ni te conozco mosco, pero es una gracia que Dios les da a los viejos ésta de tener ojo para saber quién es vivo y quién tarugo. Y tú eres vivo... (p. 25).

Como parte de esta persuasión don Jesús quiere que Isidro sepa que está dispuesto a hacer cualquier cosa por él –lo que implicaría reciprocidad en la actitud del joven–. En ese momento, mañosamente, Isidro lo es todo para el velador, es tan importante que le resulta vergonzoso no tener algo digno que ofrecerle. Está, incluso, dispuesto a otorgarle a su propia hija no obstante es indigna por estar *jodida*, lejos del “estatus” de Isidro. No resulta claro si esta posibilidad sucede en la anécdota o simplemente es una argucia desesperada surgida de la mente del viejo. De cualquier forma, el cinismo y la falta total de escrúpulos son a tal grado que causa en Isidro el efecto deseado, es decir, la engañosa sensación de que el viejo es plenamente sincero y que realmente lo considera como a un hijo; es por ello quizá que accede a quedarse con él toda esa noche.

A raíz de la pretensión del viejo en convertirse en guía para el joven, su discurso se torna de carácter didáctico. La relación abusiva con las mujeres y las estrategias para ganarse la vida de manera fácil, son las dos primeras lecciones que el viejo desarrolla y que le resultan las más apropiadas para acercarse mediante el consejo al aprendiz. En los dos casos el sentido moral se puede catalogar como una ética perversa. Don Jesús está dispuesto a ser un maestro con principios morales no acordes con la moral hegemónica conservadora. Está deseoso de aleccionar a su aprendiz en los avatares de la vida; de cómo se puede sobrevivir a costa de los demás y con el menor esfuerzo, y aprovecharse de las mujeres. En este sentido, es un tipo de “pícaro” en decadencia con deseos de trascender.

Otro detalle que nos ilustra esta actitud persuasiva, es que bajo la oscuridad y ante la luz de la fogata y los ojos de Isidro, como preámbulo al relato de sus recuerdos, don Jesús deja de parecer *loco*; como en el día. Era el rostro de una persona confiable y con cierta cordura, “a pesar de que le temblaban las manos” (p. 7). Este hecho le otorga importancia y veracidad al relato del anciano.

Ahora bien, como ya se ha referido, la estrategia persuasiva involucra varios aspectos que oscilan entre los límites posibles de la realidad concreta y un imaginario mágico, que posesiona a don Jesús como víctima tanto en un plano mítico como en un plano *realista*.²

Como parte de esa persuasión sustentada en lo *sobrenatural o mágico*, don Jesús sufre y recuerda una serie de *metamorfosis* y apariciones a raíz de la maldición de los “endemoniados”, que le es reafirmada por una especie de oráculo “de pelo plateado”, la última vez que estuvo en su pueblo. Después de haber traído a la memoria este encuentro y de haberlo relatado ante Isidro, don Jesús sufre frente a éste una *metamorfosis*:

Isidro –ya me voy, ya me voy– miraba la dentadura rota de don Jesús, la boca abierta por la risotada. El mismo viento de Yuriria soplabá ahora por entre los muros de la obra; barría los montones de arena, y la arena hería los ojos de Isidro y adelgazaba la risa del viejo hasta convertirla en el aullido de un coyote moribundo que comenzaba a estremecerse, que esclavo de las convulsiones caía al suelo ante los ojos bien abiertos del muchacho puesto en pie de un salto, al escuchar el grito; dos pasos para atrás mirándolo sacudirse, encajar las uñas en la tierra, patalear, rodar hacia un lado y hacia otro, cerca, lejos de la lumbre y quieto al fin, exánime, los ojos abiertos, espuma en la boca, la frente herida.

Isidro salió corriendo de la obra y al ver a don Jesús a la luz del día siguiente pensó: soñé (p. 9).

Dos aspectos de la narración la trasladan a un escenario fantástico y con cierta verosimilitud: en primer orden, la convicción del viejo de la existencia de *los endemoniados* y su maldición, y por otro lado, la descripción del hecho en sí; la risa de don Jesús no es *como* el aullido de un coyote, es decir, no es un símil, sino una afirmación precisa y clara.

Sin embargo, esta metamorfosis es colocada en el plano de lo imposible por el propio Isidro, al dudar y atribuir el hecho a su mundo onírico.

² Con relación a esta dicotomía entre *lo mágico y la realidad*, es indispensable revisar: Renato Prada Oropeza (1999). *Literatura y realidad*. México: Universidad Veracruzana/Universidad Autónoma de Puebla/Fondo de Cultura Económica.

Esta ambigüedad reafirma el control que pretende establecer el velador sobre el aprendiz, pues Isidro no es capaz de diferenciar la vigilia del sueño. Circunstancia que posibilita la fusión de dos realidades que también trazarán la relación entre ambos: una vinculada a la vida cotidiana-concreta percibida por los sentidos conscientemente y, otra, del mundo de los sueños, de las fantasías no controladas, del pensamiento mágico o de una ilusión metafísica. Esto último se alimenta de dos instancias: “1ª desconfianza de lo inmediato, y 2ª relacionar esta inmediatez a “otro mundo” que ofrece su explicación o significación”.³

No obstante, don Jesús tiene la inquietud de corroborar, con cierto sarcasmo y chantaje, su influencia negativa sobre él. Con esto el viejo logra cimentar su poder ya que Isidro esconde el temor que siente por la *lástima* que le provoca el viejo:

Desde la bodega, sentado bajo el sol, los ojos grises de don Jesús acompañaban el ir y venir de Isidro. Siempre que Isidro volvía la cabeza hacia la bodega se encontraba con la mirada del viejo puesta en él.

(...)

— ¿Por qué me dejaste solo?

Isidro se encogió de hombros.

— ¿Te dio miedo?

Cruzó frente a él, ya de salida, con los dos refrescos.

— ¿Te asustó este pobre viejo? —el tono de voz, como el de un mendigo, lo obligó a detenerse y a regresar—. ¿De veras te asusté, Isidro?

—No.

— ¿De veras no?

—De veras no. Y para demostrárselo, esa tarde se quedaría con él hasta las once (p. 9).

Esta constante persuasión pronto se desarrollará a la par de la creciente curiosidad del joven ante las *rarezas* del viejo (anécdotas fantásticas y revolucionarias), alimentada, según la propia *instancia narrativa*, por el miedo: “Isidro perdió el miedo, o fue quizás el miedo que le daba oír

³ *Ibid.*, p. 89.

a don Jesús lo que atizó su curiosidad a tal grado que aunque Isidro se pasara toda la tarde pensando ‘hoy no voy, hoy no voy’, al llegar la hora en que el maestro Álvarez iba hasta la llave de agua y se lavaba las manos, Isidro se sentía empujado hacia la bodega donde el velador ya tenía preparado su jarro de café...” (p. 25).

Así, la *lástima* y el miedo –como estrategias persuasivas– y esa curiosidad pueril de Isidro, darán pie a los relatos nocturnos del viejo velador, ya que: “De eso podía platicarles hoy a los albañiles, o si no mañana, o si no únicamente a Isidro, porque Isidro quería seguir oyéndolo. A Isidro no le importaba que dieran las once de la noche” (p. 18).

Esta *seducción del miedo* que ejerce el viejo, tiene sus primeros aciertos. La primera noche que pasan juntos, don Jesús relata una anécdota que desconcierta a cualquiera por su carácter maléfico y perverso, y más todavía a un joven como Isidro. Ésta surge a raíz de que le viene a la memoria lo sucedido cuando se jugó en las cartas a Encarnación; la única mujer a la que había amado en su vida durante su juventud y la cual le había engañado con el *hombre de la ruleta*. Dicha anécdota se entreteje después de haber perdido en un albur a Encarnación otorgándole al viejo, como recordatorio de la maldición, el estatus de víctima de un engaño maléfico.

Pero al mismo tiempo, paradójicamente, ante Isidro lo posesiona como un privilegiado de enorme respeto; pues incluso don Jesús tiene la experiencia de tener sexo con *la querida de Satanás* sobre la propia tumba de su padre. Ello después de que lo estuvo consolando como nunca antes nadie lo había hecho. La historia provoca en Isidro algo aterrador, inexplicable, que lo inmoviliza. En lugar de huir o alejarse del viejo, pues está condenado y es perseguido por una maldición, se refugia en él:

Demonios cabrones que no se conformaron con desgraciar de un mache-tazo al dueño de media Salvatierra y alrededores, sino que mientras se achicharraban en el infierno tuvieron ánimos los infelices para soliviantar a la puta de Satanás.

Don Jesús se rascó un cachete.

— ¿Ahora qué me dices?

Isidro arañó la cobija. Nada tenía que decir.

—Bien que se está aquí, ¿verdad?... Calientito. Y bien blanda que tienes la carne, Isidro. Blandita, blandita... (p. 27).

El velador, en este instante, aprovecha el posible efecto que tuvo su historia en el peón para acercársele más. Tanto la historia de la relación con *la querida de Satanás*, como el desenlace de ésta en esa su primera noche juntos, comparten un carácter similar pero a la inversa. La *puta de Satanás* lo maldice mediante el engaño del placer maternal y sexual, mientras que don Jesús satisface su deseo sexual a través de un discurso de lo diabólico, que chantajea y genera temor y curiosidad en Isidro.

Así su persuasión oscila entre el acoso, las historias extraordinarias, las carencias afectivas del joven (y de él mismo) y un chantaje lastimoso que finalmente logra su cometido: Isidro accede al deseo carnal del viejo. La *instancia narrativa* nos relata esta circunstancia atribuyéndola a la orfandad que sufre el joven pero también a lo valioso de los consejos del viejo.

Después de que los albañiles se burlan de él porque don Jesús lo utiliza sexualmente, Jacinto lo defiende y provoca una narración del pensamiento del propio Isidro:

Volver la cara, el cuerpo, y abrazarse a Jacinto. Explicarle. No tenía él la culpa; fue sin querer porque, porque, porque don Jesús no era malo y estaba tan solo, tan jodido, tan solo, tan viejo, tan solo. Además cómo decirle que no si únicamente era estar con él un rato dándole calor a cambio de tantísimos consejos que nadie le dio nunca porque nadie se preocupó nunca por Isidro (p. 159).

En otra parte del relato se hace referencia a esta circunstancia de manera muy similar, sólo que acentuando el homosexualismo del viejo y del propio peón de forma denigrante:

...con un degenerado que te quiso convertir en maricón igual que él, para oír a todos los albañiles burlarse de ti, como se burlaron de él toda una vida inútil de viajar de un lado para otro sin encontrar trabajo fijo porque estaba marcado con la señal que llevan todos los maricones en la voz, en los ademanes, en el modo de andar, como un cencerro colgado al cuello que avisa a las gentes de los pueblos y las ciudades para que tengan tiempo de huir. Tú te acercaste al velador porque necesitabas de una persona que te quisiera. A tu madre le estorbabas: te mandaba a la casa

de tu madrina y tú en vez de ir a casa de tu madrina ibas a ver al velador. Sentías como si la bodega y todo el edificio fuera tu verdadera, tu única casa. Dejabas al viejo meterte mano porque nada tenía de malo: era una forma de acariciarte como nadie te acarició nunca (p. 234).

El acercamiento homosexual es uno de los acontecimientos culminantes en esta relación de seducción; que, a su vez, Isidro asume por ingenuidad, necesidad de afecto y sentimiento de abandono. También le resulta placentero estar con el anciano, ignorando las desventajas en las que se encuentra al sostener esta relación. En este sentido, la sexualidad es un “intento de fusión con el otro”.⁴ Así, también se trasgrede cierta moral conservadora expresada en las burlas homofóbicas de los albañiles, y que es, de igual forma, de carácter machista pues desvirtúa elementos femeninos en los hombres.

En el joven peón se dan expresiones de sentimientos provocados por la marginalidad y la empatía que le produce el anciano enfermo, en las que se establece un paralelismo entre Isidro y don Jesús en el sentido de que don Jesús es a Isidro lo que *la querida de Satanás* fue en su momento para don Jesús: un consuelo nunca antes experimentado.

De esta forma, Isidro ve en don Jesús una figura paterna y necesitada de ayuda: un enfermo, un abuelo, un padre y un maestro. Don Jesús se percata de que estos roles que juega en la vida del joven le proporcionan control y poder sobre él; logra conmovier y fascinar a Isidro con sus historias reales e imaginarias, y juega con dichos roles para poder convencer mejor al peón. El viejo, como en un espejo, ve en Isidro al *joven* don Jesús: un hijo, un discípulo que por su inocencia no advierte la perversidad del *maestro*.

Jacinto y don Jesús en una disputa por Isidro

La figura de Jacinto es importante porque además de ser el que tiene como ayudante a Isidro, representa al albañil incrédulo, temperamental, que confronta, que expresa lo que siente y que, incluso, rivaliza casi a

⁴ Páramo, *El psicoanálisis y lo social*, p. 280.

golpes con Federico, el Nene. También se disputa al joven peón con el propio don Jesús, ya que sufre por la muerte de su único hijo, quien llevaba el mismo nombre que el muchacho. En reiteradas ocasiones Jacinto habla con Isidro sobre el daño que el viejo le infringe al querer abusar de él. Se toma su tiempo para persuadirlo sin mucho éxito, ya que el joven ha sido atrapado por don Jesús.

A pesar de que a Isidro no le consta quién asesinó a don Jesús, él acusa a Jacinto por un diálogo en el que se hace referencia a la enemistad que existe entre ambos. En el diálogo no queda plenamente establecido quiénes intervienen, lo que sí se pone en la balanza es la credibilidad que se puede otorgar a cada uno. Ello en el marco de una disputa en torno a las versiones de uno y de otro sobre el origen de los orificios en la cobija del velador.

Mientras Jacinto y otros aseguraban que se debía al fuego de los cigarrillos, el velador cree firmemente que *los endemoniados* querían “achicharrarlo”. Isidro pone en la balanza, realizando una comparación, cuál de los dos hombres es más confiable por saber más:

...hasta las cinco, seis de la tarde, la preocupación por obedecer, por estar a tiempo en todas partes, hacía olvidar a Isidro la cobija de don Jesús. Quién tenía razón. El viejo o Jacinto. El viejo sabe mucho más, por viejo, porque conoce de todo, y es buena gente. Lo que pasa es que Jacinto le tiene tirria quién sabe por qué, será porque no hace nada.

— Será por eso, pero no le hagas caso. Esta gente es así. Me la he encontrado por todas partes y ya no me coge de novedad... no se me haría raro tampoco, óyelo bien, que un día se le metieran los endemoniados y me quiera matar... Pero olvídalo, te estaba diciendo de la cobija. ¿En qué íbamos? (p. 42).

El razonamiento es lógico: Jacinto se convierte en antagonista de don Jesús por ser albañil pero también por no creer en él, y por tal razón es susceptible de que *los endemoniados* lo posean y lo impulsen a asesinar al velador como un acto de venganza. Esta posibilidad, en las sospechas de quién mató al viejo, es la que pone sobre la mesa Isidro cuando es sometido al interrogatorio:

Isidro recordaba a don Jesús, cariacontecido y tristón, el día en que le dijo — cariacontecido y tristón, proyectado por su imaginación en la pared como si desde el infierno el velador volviera para decirle (¡cómo no lo oyó nadie más!):— ‘Ni raro se me haría tampoco, óyelo bien, que un día se le metieran los endemoniados y me quisiera matar’.

—Habla de una vez, mocoso, no nos hagas perder el tiempo.

A media voz, Isidro dijo:

—Se le metieron los endemoniados.

Y después, gritando.

— ¡Jacinto mató a don Jesús! (p. 45).

Así finaliza el segundo apartado en el que la influencia de don Jesús en Isidro, en torno a su propio asesinato, pervive más allá de la muerte del viejo y bajo el temor a la *maldición*. De nueva cuenta el sustento de esta circunstancia es la experiencia del viejo, además de la proclividad a las creencias de carácter sobrenatural de algunos albañiles.

No obstante, el reclamo de Jacinto no se hace esperar. En un primer momento después de que Isidro lo acusa del asesinato de don Jesús, Jacinto le recrimina su actitud intuyendo que esta circunstancia fue provocada por la influencia del viejo: “La obra se quedó sin velador. Lo mataron y como tú me tenías miedo de no sé qué se te hizo muy fácil decirles a estos pelados que yo me lo eché porque le traía ganas desde hace mucho. ¿O por qué se te ocurrió acusarme? ¿Quién te metió esa idea en la cabeza? ¿Fue el maldito viejo?” (p. 148).

Pero pasa rápidamente a la estrategia también utilizada por el anciano velador: el chantaje emocional ciertamente fallido, haciendo uso de sus penas y sufrimientos para conmover —y convencer— al muchacho. Jacinto pareciera darse cuenta de su fracaso al persuadir a Isidro y hace una crítica al viejo, deslindándose de su influencia *lastimera*:

Yo quería defenderte del viejo y tú nunca te diste cuenta sino que al contrario, ya ves, ahora dices que yo soy el criminal sabiendo que no lo soy. ¿Por qué?, si en vez de tenerme miedo me debías de tener lástima. Ya me ves tan grandote y tan mandón, pues muchos sábados se me amontonaban los recuerdos y para quitármelos de encima me iba a tupirle como un

borracho cualquiera; para espantarme la tristeza de sentirme así como me sentía de triste.

(...)

Parece mentira, puedes reírte, yo no te voy a venir como el viejo a pedir lástima ni ablandarte el pellejo para luego aprovecharme como se aprovecho él después de que te pidió que te quedaras a consolarlo toda la noche: ¡puto desgraciado! (p. 149).

Jacinto pretende ostentar una moral contraria a la de don Jesús quien abusa del joven. Sin embargo, entra en una paradoja porque en su estrategia de convencimiento explota los sentimientos que puedan provocar la compasión del peón al mismo tiempo que reprueba que el viejo lo haga. Pero intenta contravenir el carácter abusivo de éste, con un discurso “moralista”, que deviene en un amargo reclamo.

Además, se vale de una concepción de trabajador con aspiraciones burguesas donde el mérito y no la mendicidad, es el valor que rige su postura. Quiere hacer de Isidro un “hombre de bien” e independiente, no un mezquino y aprovechado: “Al revés, Isidro: yo quería que te hicieras hombre hecho y derecho y aprendieras a ganarte la vida tú solito, sin necesidad de mendigar nunca tu trabajo ni de pedir prestado a todo mundo. Para que te hicieras hombre te gritaba” (p. 149).

Jacinto pierde esta batalla por la confianza del joven peón; no causa la misma lástima que don Jesús porque no está anciano, enfermo y abandonado; no tiene las experiencias extraordinarias de éste y no ejerció la misma seducción. Además, en la jerarquía laboral es su jefe inmediato, de trato rudo y dominante, lo que parece imposibilitar un acercamiento afectivo o de confianza.

En este sentido, Jacinto es víctima de su propia torpeza. Ejerce en Isidro una agresividad que, hipotéticamente, él ha vivido y con la cual está convencido de que hará a un hombre fuerte del joven. Finalmente, las estrategias fueron contrarias entre el velador y el albañil, el primero más audaz y con mayor capacidad persuasiva.

Celerina: una intrusa placentera

Como ya hice referencia, las primeras lecciones de don Jesús fueron en torno a cómo tratar al género femenino, motivadas por la aparición de Celerina, la enamorada de Isidro. Estos consejos resultan extraordinariamente *inmorales*. Quizá por ello, un poco desconfiado, Isidro reflexiona rápidamente en torno a la pertinencia de contarle o no a don Jesús acerca de Celerina, no obstante esto se diluye y la fuerte presencia del viejo prevalece. Es tal ya el control que tiene establecido sobre el joven que éste, paradójicamente, desea que se conozcan Celerina y don Jesús:

—Sí ¿me quieres, Celerina?

—Sí.

No le contaría nada al viejo, sería un secreto entre ella y él. Pero el viejo supo que se veían a la vuelta de la obra y tuvo que decirle la verdad: después de todo es buena gente, me tiene voluntad, sabe muchas cosas; si dice que a las mujeres les gusta será porque es cierto. Aunque Celerina es distinta, eso sí. Es mujer, pero es distinta. ¡Ay! Si don Jesús conociera bien a Celerina y si Celerina conociera bien a don Jesús.

—Tú nomás hablas del velador.

—Y tú nomás hablas de tu hermano (p. 55).

A pesar de que idealiza a la joven, Isidro añora la presencia del viejo provocando cierto sentimiento de celos en Celerina. A su vez Isidro también siente celos del hermano, el plomero Sergio García, quien en el interrogativo al que es sometido, expresa su desacuerdo por la influencia del velador sobre el joven y el escarnio de los demás: “Don Jesús lo estaba pervirtiendo. Le daba malos consejos, y los albañiles, en vez de evitarlo, se reían” (p. 112).

No obstante, don Jesús le procura seguridad, conocimientos y experiencia sobre las mujeres que a su vez representan un peligro, pues se pone el énfasis en lo meramente sexual, en su *impureza* y *proclividad al deseo carnal*. Por tal motivo son dignas de abuso sin considerar la opinión de ellas y anteponiendo la idea de que en cualquier momento están dispuestas al sexo con cualquier desconocido:

Las mujeres. Cuestión de ponerse listo desde los quince años. Nada de esperar y pedir permiso. La mano siempre suelta, livianita, livianita, y como quien no quiere la cosa, en el camión, en la calle, cuando están desprevenidas, su rosoncito por delante o por detrás, su acariciadita muy sabrosa (...) sin miedo porque es bien sabido que digan lo que digan a las viejas les gusta tanto como a uno. (...) Y cuando ya se logró, dejarla por la paz luego luego antes de que la muy maldita lo mande a uno al carajo (pp. 13-14).

Aquí se pone en evidencia una de las lecciones de don Jesús, en la que transmite sus conocimientos como maestro a un aprendiz ingenuo de quince años, el cual considera el tema especialmente interesante: el acercamiento erótico hacia las mujeres. Para el pensamiento del viejo, el cuerpo de las mujeres es un objeto de deseo y placer sexual al servicio de los hombres. En este sentido, la lección maestro-aprendiz se torna machista ya que sólo se busca la satisfacción sexual, sin mayor compromiso como el que las mujeres asumirían.

Creo importante hacer notar que este mensaje se trasmite, al menos, por dos vías distintas: a través del contenido en sí de la lección y mediante las actitudes del viejo hacia el joven, es decir, con el ejemplo. El velador expresa cómo seducir a las mujeres, al tiempo que ejerce esto mismo con el joven. Sin embargo existe una circunstancia que trastoca este mensaje. Aludiendo a Celerina, el viejo le transmite en su elocución que no debe establecerse ningún compromiso con ellas, sobre todo si son fáciles o *gatas*. En cambio, sí exige, mediante el chantaje emocional, mayor compromiso del joven.

De tal forma según el viejo las mujeres son *malditas*, incluyendo a Celerina. Sin embargo para Isidro no lo es. Ella es diferente. Don Jesús no se atrevería a traicionarlo tratando a la muchacha como lo dictan sus consejos. No obstante, el viejo es capaz de todo, incluso de abusar de su propia novia, seduciéndola, paradójicamente, con un discurso religioso que la diviniza. Estando a punto de huir Celerina, don Jesús la detiene:

Se le pasaba ya, poco a poco, gracias a ella enviada por Dios como un ángel, uno más de los miles de ángeles que envió cuando lo iban a fusilar o

cuando los endemoniados lo acorralaron en la barranca, o cuando tantas veces lo quisieron matar. Pero ningún ángel tan bonito como ella, con esos ojos, con ese pelo trenzado tan negro, con esas manos tan suaves tan suaves que nada más con sentir las a través del pañuelo blanco le quitaba el dolor y le devolvía la vida (p. 83).

Pero, previó al abuso ¿qué impulsó a Isidro a llevarla a la obra aun conociéndolo? Entre otras cosas, en gran medida los efectos del chantaje emocional, que en esta ocasión no se ejerce sólo para mantener el control sobre el joven sino para extenderlo a Celerina, pues se han convertido en una intrusa placentera.

Con anterioridad, el anciano ya había reforzado su chantaje desde que el propio joven se atrevió a darle la noticia; aunque ya tenía conocimiento de ella. Se entreteje, así, de nueva cuenta esta estrategia sistemática que podemos denominar como del *marginal* en una *auto victimización* constante, que tiene un aspecto complementario e indispensable: la ostentación del bien:

...pero tenía la culpa por confiado, no se la echaba a nadie, la culpa era de él. Creyó encontrar en los últimos días de su vida alguien que le tenía aprecio, después de años y años de vivir con la idea de que en este mundo no hay gente buena si no que todos están cortados con el mismo molde que Dios hizo al diablo, y le entregó toda su confianza a Isidro. Isidro nombre de gente buena. Se dejó llevar por el sentimiento, ni modo. Sólo a los bueyes les pasa. Ya no hay de qué apurarse. Pero como aquí terminaba todo que supiera por qué estaba agüitado, dolido porque una chamaquita le quitó a su Isidro para siempre... (p. 59).

Esta desavenencia se constata más con la presentación simultánea en el relato de ambas motivaciones. Mientras uno se ilusiona como nunca antes con su primera novia, el otro se *rasga las vestiduras* mañosamente y juega con las emociones del joven, incluso trata de conmovirlo con el llanto: “Y a lado de la muchacha Isidro pensó que nunca más se quedaría en la bodega a oír las historias del viejo porque por muy interesantes no se comparan ni de relajo con la alegría de poder platicar así con Celerina,

de acariciarla (...) de no ser porque una mañana (...), vio entrar al viejo con la cara entre las manos, a punto de echarse a llorar” (p. 58).

Como producto de esta manipulación utilizada por don Jesús, Isidro le lleva a Celerina la noche previa al asesinato del viejo. En esa ocasión fingió sentirse mal y ordena al joven que vaya a la farmacia. Isidro duda unos instantes en dejarla, no obstante sucumbe ante las indicaciones a pesar de las súplicas de Celerina. Además de la habilidad discursiva del viejo, el pacto implícito del chantaje se logra por la inocencia, la credibilidad y el temor del joven. Además parece estar convencido de que es buena la idea de dejarlos solos para que aconsejara mejor a su novia. Esto sucede nueve meses después de que se conocen, como en una especie de gestación que culmina con un parto consistente en la violación de su novia, en un acto de *traición*. Lo que al mismo tiempo implicó el fin de su relación con ella.

Al volver de la farmacia ya se había consumado la violación y Celerina ya no estaba con el anciano. Entonces Isidro se teme lo peor y pregunta insistentemente por su novia. No obtiene una respuesta satisfactoria de su paradero y en cambio sólo evasivas, con una gran carga de cinismo, en el sentido de que *la lección de sexualidad* había sido exitosa, sin negar plenamente cualquier acusación y más bien en un tono de mucha tranquilidad, como estrategia para minimizar el hecho.

— ¿Dónde está Celerina?

— Se fue.

— ¿Cómo que se fue?

— Le dio vergüenza —don Jesús sonrió, se rascó un cachete sin dejar de sonreír mientras Isidro se mordía los labios y preguntaba por la Celerina que sintió vergüenza al oír los consejos del velador. Nada tiene de raro: vergüenza, porque el solo pensar que se va a sentir bonito es para hacerle sentir vergüenza a la que no tiene costumbre de que le bajen los calzones y oye por primera vez explicaciones tan claras como las que le dio el viejo (pp. 154-155).

A pesar de que el velador insiste en que habló muy bien de Isidro ante su novia, éste pierde pronto la paciencia y apenas tiene las fuerzas

para amenazar al viejo con acusarlo con los demás. Esta especie de traición le ha dolido y está dispuesto a emanciparse por Celerina, porque sabe que el principal responsable de esta desgracia es él mismo y eso lo atormenta. Así, empieza a subir de tono la disputa tornándose física. Forcejean. Y se inicia una persecución que resulta vital para los fines del viejo, quien intenta atrapar al joven “como si los endemoniados le dieran fuerzas en su pierna tiesa”:

—Muchacho tonto.

—Viejo hablador, déjeme.

—No te voy a dejar nunca Isidro —dijo el velador y suspiró—. Todo lo que te he dicho es verdad... véame muchacho tonto ¿Te iba yo a engañar? Si tú conoces mejor que nadie a la Celerina... Tenle lástima a este pobre viejo. Me han perseguido toda la vida y quería que estuvieras conmigo porque estando tú, en la noche, Isidro, mi muchachito, solamente tú... cómo puedes pensar que Celerina y yo, si solamente contigo me sentía seguro (...)

— No te vas a escapar de ésta, canijo escuincle. Y cuando yo me muera, óyelo bien, a ti será al que persigan —¡cómo duele la punta del alambre! Porque tenía su sangre, su sudor y su peste metida hasta los huesos. Olía a don Jesús y nada le valdría ir a los baños a restregarse con zacate (...) pero el olor no se iba, era más penetrante cada día como si anduviera envuelto en la cobija deshilachada de don Jesús (p. 40).

(...)

Apestosa cobija, nunca se quitaría su olor. Apestosa cobija que lo separaba de Celerina (p. 42).

En este enfrentamiento sucede una particularidad interesante. Don Jesús persigue al joven con un alambre en la mano con el cual le provoca un sangrado. A este hecho se le puede considerar como un acto extraño de *hechicería*, que inicia desde la primera noche que pasan juntos y en la que comparten la cobija del viejo —esa cobija que tiene unos orificios misteriosos y que lo impregna de su olor— y culmina con la sangre de Isidro. Don Jesús ha invadido al joven para nunca más dejarlo y poseerlo plenamente para siempre. Isidro es depositario de una maldición que le pro-

híbe cualquier felicidad o realización personal. Ya es el heredero incluso *biológico* del viejo, que conforme pasan los días se hace más evidente.

La metamorfosis de Isidro

En un punto culminante ambos se mimetizan. Como parte de ese poder mágico, las historias de vida se entrelazan en el pasado y el presente. Don Jesús es Isidro y viceversa. Son ya una misma persona que se ha constituido a partir del intercambio placentero; la compasión y la juventud, por los consejos y la seguridad. Esta combinación es una transferencia de adopción filial que sigue lo dictado por la maldición. El viejo no tiene descendencia pero encuentra en Isidro a su mejor sustituto. Isidro sin advertirlo ya es víctima de una maldición que a él no le correspondía, pues no es en la descendencia del velador sino producto de una especie de adopción; éste ya lo tomó como heredero de un mal que lo acompañará para siempre.

Esta circunstancia incluso se presenta en la noche de la violación de Celerina, sólo con la juventud del joven el velador podrá lograrlo plenamente: “Isidro se tragará todo, pensaba el viejo; la mentira más grande en labios de don Jesús era y sería siempre la verdad para Isidro: porque se parecía a él, porque tenía su sangre, porque la noche del domingo no eran las uñas de don Jesús las que rasgaban el vestido de Celerina, sino las uñas, las manos temblorosas de Isidro buscando desesperadamente la piel de Encarnación, las piernas únicas de aquella Encarnación...” (p. 165).

Existe, pues, un anhelo de trascendencia que se cumple con la ayuda del hechizo y que encuentra sus efectos con la metamorfosis de Isidro en don Jesús:

Fíjese lo que pasó –comenzó Isidro, tronándose los dedos con un ademán copiado al viejo (...) El mismo modo de hablar, el mismo sonsonete de burla al nombrar al Nene; hasta el gesto de escupir era el mismo, y nadie lo creería pero las facciones de la cara Isidro al irse endureciendo por la cal y por la tierra de la obra, se estaba transformando en las facciones de don Jesús (...) de don Jesús resucitado, por cuyas venas corría la misma sangre del grupo IV envenenada de paludismo y alcohol (p. 117).

Esta fuerza sobrenatural también afecta el ámbito de la verosimilitud, pues se corrobora que tiene la misma sangre envenenada por las mismas sustancias que contenía la sangre del viejo. Esto en el marco de las investigaciones por el asesinato.

Una empatía para trascender

A pesar de que existe cierto conflicto surgido de la inestabilidad moral e incoherencia psíquica de don Jesús, no se presenta entre ambos un claro choque generacional. Todo lo contrario, se da una comunión que se lleva a los extremos. Isidro se identifica con el agresor y se fusiona en él. En este sentido el viejo adquiere el carácter de un *torturador*, que representa el bien y que afirma combatir el mal. Aquél que ha perdido la capacidad de sentirse culpable y que por esa misma razón es capaz de hacer cualquier atrocidad, sin ningún conflicto con su conciencia.

En cambio, a raíz del chantaje emocional, Isidro constantemente asume un sentimiento de culpa que deviene en una especie de compasión, vinculada tanto a la visión católica-religiosa como a una moral pagana. Según Raúl Páramo, basándose en Sigmund Freud, “el fenómeno de la empatía está estrechamente emparentado con el de la compasión: percibo el dolor del otro y me conduelo con él”.⁵ En este caso no sólo Isidro percibe el dolor del viejo sino que lo asume incluso en la trascendencia. Es decir, su empatía adquiere dimensiones extraordinarias, en la que el joven se transfigura en don Jesús, como consecuencia de la fuerza de lo sobrenatural, la agresividad, la compasión.

Por otro lado, la bisexualidad del viejo nos revela un carácter excepcional de machismo. Sobre todo si se toma en cuenta la premisa de que el machismo es, entre otra cosa, una “bisexualidad no suficientemente elaborada”.⁶ Don Jesús, en este sentido va más allá de una simple actitud machista, ya que es plenamente consciente de sus preferencias bisexuales sin expresar algún tipo de conflicto moral.

⁵ Páramo, *El psicoanálisis y lo social*, p. 27.

⁶ *Ibid.*, p. 250.

UN PROTAGONISTA EXCEPCIONAL

Don Jesús es el personaje que quizá fluctúa entre la centralidad y la periferia, propio quizá de su carácter protagónico. Su asesinato, consecuencia de su condición de marginal, lo coloca, paradójicamente, como una figura central en varios aspectos. La primera y más evidente nos indica que a raíz de este hecho se despliegan los distintos relatos que constituyen la *instancia narrativa*. En los que, al mismo tiempo, se presenta la victimización de un viejo enfermo que deambulaba aparentando ser inofensivo.

En este capítulo abordaré algunas características del complejo personaje de don Jesús, también bajo la misma óptica que lo posesiona como *víctima-victimario*. Sus orígenes, deseos y motivaciones; sus traumas, verdades y conflictos, constituyen algunos de los aspectos que desarrollaré. La relación de este personaje con el resto del colectivo de albañiles no se abordará en este estudio lo cual no significa que no se le mencione en distintos momentos. Cabe aclarar que no me centraré ya en lo expuesto en el capítulo anterior, salvo cuando sea indispensable.

Resabios de una herencia añorada

Don Jesús es un ser que añora su origen de grandeza radicada en ser hijo del dueño de media Salvatierra. Al verse desterrado después del asesinato de su padre, humillado, maldecido por los habitantes del pueblo, y explotado por diferentes patrones, aumenta su rencor y resentimiento descargándolos contra quien puede. Los albañiles, en este sentido, resultan ser su principal motivación.

Los considera como “pobres imbéciles” por no haber poseído la tierra, y en caso de que sí, ignorantes por no poseerla como un cacique, a gran escala, con pleno dominio, como amo y señor: “Deja que se vayan estos pobres imbéciles que nunca tuvieron tierras, son unos ignorantes, nunca podrán entender que yo no hablo de mariguanadas ni de fantasmas...” (p. 10).

Como ya se mencionó, en reiteradas ocasiones don Jesús los degrada porque son incrédulos con él ante Isidro, y, enfadado, los ofende por no ser herederos de tierras. Para don Jesús el hecho de no haberla poseído los hace inferiores, circunstancia contradictoria para el ideal agrarista pero que resulta comprensible sobre todo si consideramos la aspiración de tipo aristocrática transmitida del cacique a su descendencia: “... don Jesús se frotaba las manos mientras volvía con lo mismo: que en Salvatierra vivió en una casa grande, casa propia, hijo de su padre que era a un tiempo padre suyo y dueño de media Salvatierra (...) por derecho le correspondía a él y sólo a él ser el dueño de las casas, de los animales, de las tierras, de los árboles de su padre...” (p. 8).

En este sentido, no resulta del todo paradójico que don Jesús haya creado cierto cacicazgo tanto en el hospital psiquiátrico como en la construcción, aunque en esta última en menor grado. Para referirme a lo experimentado por el viejo en el *manicomio* diré, inicialmente, que su poder se basó en motivar el descontrol total de los enfermos que lo rodeaban, siempre con la intención de sacar provecho. Después de todo él llegó ahí sin estar plenamente diagnosticado como enfermo mental. Fue encerrado por su mujer, “malaconsejada por el portero del edificio de enfrente” (p. 12), porque le urgía deshacerse de él.

Al no padecer el mismo desequilibrio mental que los demás, tenía ventaja sobre ellos. En una ocasión don Jesús, a raíz de los ataques que sufría, salió corriendo del *pabellón* general desnudo, lo que propició que lo mandaran al “pabellón de agitados” después de una golpiza. Ahí las condiciones eran extremas: el más peligroso y aislado. Fue en este aislamiento donde el viejo no tardó en ejercer su aspiración de cacique, a pesar de las circunstancias. El control de la mariguana y la provocación al sexo pronto desquiciaron aún más a la mayoría, manteniendo a base de esto su hegemonía en ese lugar:

Los locos perdieron pronto el interés de fregarlo; pasó la novedad y ahora se ocupaban en arrebatarse los cigarros de mariguana que Rosario, la afanadora, les hacía llegar. Fácil le resultó a don Jesús ganarse dos cigarros en una apuesta con el turulato Peña. A que le agarro una chichi a la Rosario. A que no. Y ahí estaban los dos cigarros y ahí estaba después don Jesús en el negocio de revender a cincuenta fierros los grandes y a treinta y cinco los chiquitos y –risa y risa porque él no estaba tan loco– apalabrándose con el mozo bizco para activar el comercio de la mariguana dentro del pabellón (p. 36).

Si bien es cierto que este cacique necesita de cómplices sin los cuales no tendría ese control, sí se convierte en un promotor y catalizador del mercado negro y el abuso sexual entre los enfermos. En un *ideal del homosexual misógino*, descalifica a las mujeres con el fin de que se rompa la barrera de las relaciones heterosexuales y se ejerza la homosexualidad para, así, no dejar de satisfacer su deseo incluso en estas condiciones.

Su habilidad persuasiva y la pulsión sexual de los dementes lo coloca como un *sacerdote sodomita*: “Le daba risa acordarse de cómo los pobres chiflados casi sin respirar y con los ojos saltones, lo oían explicar que de nada sirven las mujeres: un día se tienen por fuerza que acabar todas y por eso se nos van a quitar las ganas. Puros hombres va a ver en la tierra. Ellos solitos tendrán que entretenerse. Pero la pasarán igual de bien, y mejor todavía, gozándose entre sí” (p. 36). Así los enfermos desataban su orgía de carácter escatológico provocada por el viejo:

La cosa se ponía re bien: don Jesús ya no tenía necesidad de hacerles casita de tan normal que estaba resultando, tan chistoso. Con decirte que el cojitranco se animó con el Tintorero en la fiesta aquella (...) Fiesta es un decir: verdadero relajo que acabó a golpes y a patadas, aventándose unos a otros puñados de mierda mientras el Tintorero y el güero maricón se peleaban por el Sabiondo, y el Sabiondo no quería: se puso a gritar como desesperado y se fue hasta el rincón donde don Jesús lo animaba metiéndole la mano, pero más gritaba el cabrón (p. 36).

A raíz de esto se dio la posibilidad de escapar del hospital, aconsejado y ayudado por el propio médico que lo atendía con esmero: el doctor Aguilar. Después no titubeó en expresar su deseo por volver para perpetuar su abusiva relación de cacique, sólo que la falta de humor y de juventud se lo impedían: “Valió la pena conocer la Castañeda, si tuviera más humor y menos años le gustaría darse su vueltecita por allí, en plan de negocios o de vacaciones” (p. 35).

La posibilidad de vacacionar en el psiquiátrico sólo expresa un matiz de la gran paradoja que envuelve al viejo, pues quiere divertirse en un lugar que no tiene ese fin. Desea volver al espacio donde supuestamente existen reglas institucionales, no para recibir un tratamiento profesional sino para jugar y beneficiarse de los pacientes del psiquiátrico, transgrediendo la sexualidad socialmente aceptada y rompiendo las leyes con la distribución de la marihuana.

Aspectos de un marginado

En la condición de marginado que se encuentra don Jesús, tanto la sociedad como la divinidad lo excluyen de sus poderes privilegiados. Esta circunstancia es el eje de su carácter marginal. Los dos ámbitos inicialmente los diferenciaba, no obstante aún joven, ya el uno explicaba las condiciones del otro; el pensamiento mágico se antepone a lo largo de su vida a una explicación *realista* de su circunstancia. Aquí me referiré a algunas situaciones y expresiones en torno a estas dos realidades que le otorgan esta condición de marginal.

Antes que nada el carácter de sus oficios a lo largo de su vida, en la escala jerárquica de la sociedad, lo determina en esta condición:

Tantas veces por quienes le daban trabajo sólo por unos días y se negaban después a pagarle o le pagaban unos cuantos pesos a penas suficientes para mal comer (...) Tantas veces explotado por los ingenieros de una mina, por el latifundista hipócrita, por el dueño de la pensión de automóviles que consideraba hacerle un gran favor dejarlo vivir en el cuarto de tablas, siendo que para don Jesús –a su edad– era el peor de los trabajos (p. 88).

De igual forma, el oficio de velador es un trabajo que se realiza en soledad y en vigilia durante toda la noche, arriesgando la vida por mantener en resguardo objetos o propiedades de valor ajenos. Por esta razón, su labor es designada por lo general a personas mayores sin mucha posibilidad de obtener otro empleo. Ese es don Jesús que, gracias al Chapo Álvarez, amante de su propia mujer, pudo conseguir este trabajo.

Por otro lado, su asesinato lo reitera como una víctima en total soledad. Uno de los relatos que hace referencia a lo sucedido el día siguiente de su deceso, nos advierte de la soledad extrema que sufría incluso después de su muerte: “Hombres y mujeres preguntándose y respondiéndose quién era el pobre viejo abatido a tubazos en el segundo piso del edificio en construcción, cadáver que se veló a sí mismo, toda la noche, sin velas, sin café, sin llanto...” (p. 15).

También en la enunciación de la víctima por las diversas personas que supieron del hecho, provoca que se pierda su particularidad, arrojándolo a una zona de exclusión donde la generalización, la lástima y el sarcasmo son de reciclaje constante: “¿Quién era? (...) El velador de la obra. Los veladores de todo el mundo; el velador de la fábrica de Azcapotzalco –¿te acuerdas?–; el amigo velador, tu tío velador, el velador en bicicleta. Ingrato oficio, peligroso, triste. Anécdotas, adivinanzas, chistes de veladores como éste que se veló a sí mismo durante siete horas. Cómo se llamaba. Pedro, Miguel, Tomás, Quirino, Ernesto, Bartolomé, Damián, Jesús” (p. 16). Así, el anciano se encuentra en una soledad tan marcada que se difumina en la masa, la cual sólo identifica el hecho del asesinato y lo que les representaba su oficio.

Con relación a su estrato social, el velador tiene su vivienda en una especie de “ciudad perdida”, en un terreno baldío. Aunque se ubica en una zona céntrica, su marginalidad es evidente: a raíz de las lluvias y de los accidentes que éstas generan, el velador fue una de las personas que no reforzaron su casa, siendo quizá de las más miserables.

Esta miseria se aviva porque don Jesús no siente la motivación suficiente por sostener su “jacal”, quizá porque, además de su escurridiza voluntad al trabajo, él sabía al igual que “Fulanita” sobre la intención del gobierno de desalojarlos:

Con otro temblorcito dura ya nadie tendrá necesidad de lanzarlos, se irán solitos porque se acabó el jacal y quién va a querer quedarse donde se murieron la mujer y los hijos. (...) con temblores y aguaceros resulta muy fácil acabar con todos los pobres de México y de donde sea; así piensan limpiar las ciudades es lo más sencillo; esos canijos no se detienen ante nada: con tal de presumir de una ciudad limpia se hacen aliados del mismo diablo y arrasan parejo.

(...)

...resultaba muy bonito a principios de mes ver los jcales recompuestos; algunos hasta les dieron su manita de gato con la esperanza de ablandarle el corazón al gobierno. Claro que muchos otros ni siquiera llegaron a conseguir nuevas láminas de cartón: como don Jesús. No tenía caso, para qué... (p. 31).

Se contrasta la condición social que comparten don Jesús y otros, con las “verdaderas” intenciones del gobierno. La óptica que se tiene de la autoridad es negativa, colocándola como una amenaza de carácter fascista: los marginados son una basura que se debe limpiar y desaparecer. Y para ello se vale de la naturaleza, como en una especie de poder sobrehumano que manipula a su antojo los fenómenos naturales.

Aunque existe la explicación *verosímil* de “Fulanita” en el sentido de que los “temblorcitos” son causados por las bombas atómicas de los *gringos* en complicidad con el gobierno, la condición de víctimas de la autoridad se agudiza por sus supuestos poderes extraordinarios. Son enemigos que se enfrentan por sus respectivas condiciones de clase, aludiendo dimensiones extrahumanas, que explican el anhelo oficial de la urbanización moderna con carácter discriminatorio.

Por otro lado, don Jesús no pareciera tener miedo a la autoridad del gobierno, pues nunca lo expresa ni lo advertimos en lo dicho por los distintos narradores. Sin embargo, a la presencia de “los aparecidos” si es vulnerable y temeroso. La maldición lo persigue y se engendra en sus propios orígenes. Cuando relata a Isidro la historia de Encarnación se menciona que don Jesús decepcionado advierte a ésta que vive “con una maldición encajada”, para que no le llegara de sorpresa en cualquier mo-

mento encontrarlo con la cabeza “rajada de un machetazo”. De tal forma el viejo recuerda a su tierra como “un maldito lugar”.

Ahora bien, la decepción que sufre con Encarnación cuando ésta lo engaña cínicamente con el “hombre de la ruleta” fue la prueba que le confirmó su estatus de condenado para siempre:

...porque Encarnación, como todas las Encarnaciones del mundo, no hicieron otra cosa que ayudarle a la maldición a encajarse más en su desgracia. (...) con toda la cara de aparecida en la que se transformó Encarnación cuyas manos lo empujaron hacia a afuera de la canastilla [de la rueda de la fortuna]. Reía Encarnación, a carcajadas. (...) y el amor para don Jesús muchacho no era amor (...) todo formaba parte de un plan para asesinarlo (p. 20).

Pareciera que este hecho determinó el pensamiento del viejo en el sentido de que tendrá que someterse a una fuerza que lo castigará para siempre, que no lo dejará en paz porque no “se borra ni con exorcismos ni con medicinas. Pensó que con amor. Quién sabe por qué se le metió en la cabeza la idea de creer que con el amor de Encarnación iba a recibir un favor del cielo y Dios iba a venir a salvarlo” (p. 20). Situación que no acontece, sino todo lo contrario pues Encarnación, como ya vimos, se convierte en un vehículo para mantener esa “venganza” maldita, potencializando, así, su marginalidad impulsada por lo divino.

“Los endemoniados”

La idea de la existencia de “los aparecidos”, se sustenta en un principio básico: el pasado no está “verdaderamente muerto y en cualquier momento puede hacer irrupción, amenazador, en el interior del presente”.¹ El miedo a “los endemoniados” se alimenta de esta premisa. Así, don Jesús es presa de ese constante acoso maligno, a raíz de que su padre es asesinado en una especie de ritual sangriento que quedó inconcluso, por no haber destruido también a su descendencia. Por ello, el anciano velador arrastra la maldición producto de una venganza insatisfecha, en la

¹ Jean Delumeau (2005). *El miedo en Occidente*. México: Taurus, p. 119.

que es primordial la necesidad de sangre: “La sangre no fue suficiente”, dice don Jesús al contar sus orígenes a Isidro.

Ahora bien, esta condena tiene sus efectos *únicamente* en la vida terrenal. Siguiendo este principio, el viejo se esfuerza en heredar a Isidro este destino maldito antes de que se cumpla la venganza que terminaría con su existencia; es decir, lo quiere heredar en vida. Según la anécdota, la maldición se instauro a partir del asesinato violento de su padre debido a su condición de latifundista:

...hasta que a su padre lo mataron una noche cuando regresaba de Querétaro: la cabeza rajada de un machetazo, machete encajado en su panza inflada, de pulque (...) víctima primero de una maldición que nada lograría detener porque no bastaba con la sangre, la vida, del dueño de media Salvatierra y alrededores, hasta Uriangato, para saciar la sed de sangre (...) de quienes fueron víctimas primero y jueces por su propia mano después. No fue suficiente la sangre de su padre ni sería suficiente la de él... (p. 8).

El génesis de la maldición se conforma en un acto de venganza justiciera propia de la violencia revolucionaria; no surge a partir de un pacto con algún ser maligno o de alguna falta pecaminosa o sacrílega del ámbito divino. Los motivos son muy terrenales, relativos a la relación *explotado-explotador*, producto de un sistema social desigual, injusto y autoritario. Pero don Jesús no lo concibe así, por el contrario: está firmemente convencido de que esto tiene su fuerza en un ente divino.

Cuando el viejo aún era joven, pasados algunos años de la muerte de su padre, regresó a su tierra para reclamar las propiedades que según él le correspondían. Fue rechazado por mujeres y hombres, quienes le volvieron la espalda a su llegada, enfrentándose de nuevo con la maldición de Salvatierra. En esa ocasión, sólo una persona se atrevió a hablarle, “el viejo de cabellos plateados” quien reafirma este conjuro: “Primero: nadie respondió a sus preguntas (...) los hombres le volvieron la espalda; solamente un viejo de cabellos plateados se atrevió al fin a pronunciar, entre dientes, tres veces la palabra maldición; tres veces la palabra muerte y tres veces la palabra sangre y tres veces la palabra muerte otra vez. La-

dró un perro, y el viento que soplaba por el rumbo de Yuriria despeinó los cabellos plateados del anciano” (p. 8).

La invocación de este conjuro no podía hacerla otra figura que no fuera la de un anciano, símbolo de sabiduría. Lo peculiar es que pareciera hacerlo con mucho temor como si la reacción del joven don Jesús le angustiara; ya sea por una respuesta violenta de éste o por los efectos inesperados de la maldición. Lo que queda claro es que a través de la constante consumación de la sangre como símbolo de la vida, el punto culminante de esta condena es la muerte.

Dos elementos típicos aparecen en el momento del conjuro: el ladrido de un perro y la fuerza del viento. Tanto a uno como a otro se les ha vinculado, en mayor o menor grado, con *el mundo de las tinieblas*. El viento es el efecto casi inmediato del conjuro; simboliza, por su agitación, a la violencia.² Y al perro se le asocia “a la muerte, a los infiernos, al mundo de abajo...”.³ Es decir, tanto el ladrido del perro como el intenso viento, después de que el viejo pronunciara las palabras “malditas” al joven don Jesús, ayudan a reforzar la creencia en el poder de la palabra, dándole así su carácter mágico y sobrenatural.

Después de recordar dicha maldición, el viejo sufre una *metamorfosis* (véase primer capítulo). Como anunciando lo que se avecina, suelta una *risotada* convertida en “aullido de coyote moribundo” por los estragos del “viento de Yuriria”.⁴ De tal forma se presenta a una fuerza diabólica que –como causa *ineludible* de esta transformación bestial– se manifiesta con la agonía de un coyote, enmarcada por el ladrido de un perro y los efectos del viento.

² Por otro lado en los inicios del Renacimiento algunos teólogos señalaban que todo en la vida estaba bajo la influencia del diablo. Así el propio Martin Lutero expresaba refiriéndose a éste: “*El pan que comemos, la bebida que bebemos, la ropas de las que nos servimos, mucho más el aire que respiramos y todo lo que pertenece a nuestra vida en la carne, es, por tanto su dominio*”. Delumeau, *El miedo en Occidente*, p. 379 (subrayado mío).

³ Jean Chevalier. *Diccionario de Símbolos*. Barcelona: Herder, p. 816.

⁴ Nombre de la laguna ubicada cerca de Salvatierra, Guanajuato, lugar de origen de don Jesús.

Es por lo anterior que don Jesús asegura estar maldito, y como tal se le puede considerar también como un ser de las tinieblas. Es por ello que se convierte en coyote con la astucia necesaria para representar el principal peligro para el *rebaño*. No obstante, este carácter resulta paradójico si atendemos el referente de su nombre que alude al del propio Jesucristo, aunque ni remotamente se acerca, en ningún aspecto, a la representación simbólica de esta figura.

En este sentido, para la cultura judeocristiana este animal, en su concepción de lobo, simboliza la maldad y tiene aspecto satánico.⁵ Sólo que en esta ocasión está “moribundo” y aúlla con gran sufrimiento y desolación, agudizando su condición de víctima fatal.

El hombre es consciente de esta situación desfavorable que lo convierte en alguien vulnerable y la utiliza astutamente para victimizarse y sacar provecho de ello. En las dos primeras anécdotas de la historia de vida del velador (su experiencia en la mina y lo vivido con Encarnación), el viejo tiene una explicación lógica de lo sucedido, sustentada en esta intervención maligna. En ambos casos se relata el intento de *los endemoniados* por matarlo mediante la posesión corporal de otros.

A propósito de esto, es particularmente interesante el desenlace de la anécdota sobre su novia de juventud y el “hombre de la ruleta”. Después de la gran desilusión que sufre don Jesús por la actitud traicionera de Encarnación, se la disputa en las cartas con su adversario. Esta circunstancia genera mucha angustia en el entonces muchacho porque, además de estar en juego el cariño de la mujer que más amaba, ésta sería la prueba definitiva para descartar o no la veracidad de su *destino maldito*:

El hombre de la ruleta se detuvo. Lo miró y llenó por tercera vez su vaso. Antes de beber dio vuelta a la siguiente carta: el rey de oros –bebió–, reina de copas, tres de bastos. Y la sota. La sota o el seis. Una ráfaga de viento entró por la puerta de la cantina.

El hombre de la ruleta gritó:

—La sota.

Él gritó:

⁵ Chevalier, *op. cit.*, p. 652.

—El seis.

Pero ya todas las cartas volaban. Se apagó la luz y él volvió a gritar:

— ¡El seis!, ¡el seis! (p. 26).

En la oscuridad forcejean, él descarga con su machete tres golpes inútiles sobre el adversario y, de pronto, aparece en la tumba de su padre, encajando el arma junto a ella. Cae rendido sobre la tumba y, en ese momento, aparece una mujer vestida de blanco. La reconoce como un ánima, quien le consuela de una manera nunca antes experimentada por el entonces joven. Al despertar del sueño, acariciado por la mujer, parece intuir algo extraño en esa presencia. Se aparta de ella y advierte el estado de su cuerpo. En ese instante, el muchacho don Jesús se da cuenta que vuelve a ser víctima de la maldición, engañado esta vez por la “querida de Satanás”:

Cuando alzó la vista, una mujer vestida de blanco lo miraba y le tendía las manos como de hielo en las que él apoyó las suyas para levantarse, abortó aún por la aparición del ánima. Por primera vez alguien lo miraba y le hablaba como ella le habló. Palabras de consuelo nunca escuchadas, caricias que le cerraban los párpados a medida que el ánima le hablaba de flores, de jardines, de huertas, de ríos, del mar azul. Despertó. Estaban tendidos sobre la tumba de su padre. La mujer lo seguía acariciando. Se apartó de ella y al hacerlo la mujer abrió los ojos. Quiso detenerse la túnica pero el viento se la arrancaba ya y en un instante de parpadeo él alcanzó a ver su vientre agusanado. ¡La querida de Satanás! Recontrafregada vieja bañada en mierda: lo engañó toda la noche y al verse descubierta se alejó gritando que lo supiera de una vez por todas: estaba condenado. Culebras le salían de la boca. Gusanos y sapos se quedaron regados en el suelo. Una carcajada hizo temblar la tierra; las tumbas se resquebrajaron y se soltó un ventarrón y un aguacero... (p. 26).

La necesidad de consuelo en don Jesús se convierte en su principal trampa. En toda su vida no ha sido consolado y esta posibilidad se la otorga la querida de Satanás. La frustración después de revelarse el engaño es mayor: ese consuelo es añorado con ansia pero no es sincero y

menos aún producto de la afectividad, sino todo lo contrario, es motivado por la maldición y ejercida por una mujer diabólica para reiterarla, justo en la propia tumba del causante de todo esto: su padre.

Ahora bien, con una estructura discursiva que oscila entre el interrogatorio y una especie de fluir de la conciencia, en la última parte del relato se presentan las supuestas motivaciones para asesinar al velador de cada uno de los que tuvieron algún altercado con él. Bajo este entramado se relata el intento de exorcizar a don Jesús como respuesta a los estragos de la maldición. Quien pretende liberarlo de este mal es Sergio García, el plomero, hermano de Celerina, quien siempre ha tenido el anhelo insatisfecho de ejercer el sacerdocio.

A raíz de esta situación, el plomero se cree autorizado por Dios para redimir al anciano, mientras que éste asume su condición de pecador. Durante el interrogatorio policiaco, el investigador recuerda al joven los acontecimientos: “Y para apurar el encuentro entre el velador y Dios, usted fue a hablar con él. Sorpresiva, inesperadamente, el velador comenzó a confesar sus culpas confundiéndolo a usted con un cura. Usted no tuvo tiempo de explicarle que no podía, que necesitaba ir a una iglesia; el viejo se soltó acusándose de pecados contra todos los mandamientos de la ley de Dios (...) *Ego te absolvo a peccatis tuis. Milagro, milagro*” (p. 238).

La vocación sacerdotal mal habida en el plomero, posibilita este intento por liberar a don Jesús del mal y realizar un milagro. En un primer momento este ritual pareciese tener éxito, pues el anciano aparenta arrepentimiento de sus pecados. No obstante, después de suponer que había logrado el “exorcismo” y el milagro, el poder de “los endemoniados” se impone:

...aconteció que al ponerse usted de pie y al palmear la espalda del velador, la risotada del albañil seguida de la risotada del velador cimbraron la bodega. Con blasfemias y palabrotas el viejo se burló de usted, porque ocurre que cuando el espíritu inmundo ha salido de algún hombre anda por lugares áridos buscando donde hacer asiento, sin que lo consiga. Entonces dice: Tornarme a mi casa de donde he salido. Y volviendo a ella la encuentra desocupada, bien barrida y alhajada. Con eso va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí (...)

Así ha de acontecer a esta raza de hombre perversos. ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo será posible que evitéis el ser condenados al fuego del infierno? (p. 239).

Cuando apenas logran limpiarlo de las fuerzas malditas, su ser queda vacío, sin la protección de la divinidad. Es por ello que de nueva cuenta es poseído sin ningún problema. Nótese que la *aridez* no complace al *endemoniado* y recurre a tierra fértil, a su casa: don Jesús. Por tal razón el velador, según la perspectiva del redentor Sergio García, ya no tiene salvación porque pertenece a la misma ralea del propio diablo, por tanto, abandonado por Dios.

El velador y el ingeniero

Esta relación resulta particularmente interesante en el sentido de que ambos representan circunstancias sociales totalmente opuestas. Mientras uno lucha por sobrevivir en la marginalidad, el otro es un profesional protegido por su padre, el ingeniero Zamora, ya que ostenta una posición de privilegios. Federico, el Nene, se constituye, así, como el antagonista principal dentro del contexto de la construcción de la obra.

Desde su primer encuentro se manifiestan sensaciones contrapuestas de uno y de otro. Federico llega a la obra una mañana cuando don Jesús dormitaba después de haber pasado su primera noche velando el material y las herramientas. Una vez que Álvarez, el maestro de obra, lo presenta con el ingeniero, don Jesús le extiende la mano para saludarlo: “Volvió a sonreír, ya de pie, y con el dorso de la mano se limpió el hilo de saliva que empezaba a gotearle en la camisa. Cojeando avanzó hacia Federico. /—Es don Jesús, el velador. /—Muy buenos días, ingeniero. /Federico sintió los dedos pegajosos de una mano que lo apretaban, y en cuanto pudo retiró la suya bruscamente” (p. 69). Esta sensación de asco será, en gran medida, la que determine su relación con el velador.

Por su parte inmediatamente don Jesús se subordina sin dejar de mencionar, lastimosamente, su necesidad de comer. Así, ejerce de nueva cuenta su condición de miserable para lograr ser aceptado, en este caso por el ingeniero. Además tiene la intercesión de Álvarez quien está particularmente interesado en ayudarlo, a raíz de que mantiene una relación

sentimental con la propia esposa del velador: “—Me permití cogerlo, ingeniero porque sé que es gente de fiar. Anoche ya se quedó cuidando la herramienta y va usted a ver cómo no va a tener nada que sentir del viejo. ¿Verdad, tú?/ —Seguro, ingeniero. Nomás me da lo que sea para comer; ahí cualquier cosa, lo que sea su voluntad” (p. 69). Álvarez busca convencer a Federico asegurándole que el viejo no le provocará ningún sentimiento positivo y menos aún negativo, sin advertir que ya le generó y le generará mucha repulsión.

No obstante, Federico lo acepta sin hacerlo explícitamente a raíz de su falta de malicia, según su propio padre, quien asegura conocer bien a don Jesús y, al mismo tiempo, respetar las decisiones tomadas por su hijo en torno a la obra: “La mejor prueba lo tienes en lo del velador, no necesitas conocerlo de antes para intuir que a esas personas nunca se les debe dar trabajo. Ese don Jesús es un viejo alcohólico, hijo está loco, yo ya lo conozco. Pero muy bien tú lo admitiste y yo no dije nada porque ante todo respeto tus decisiones como si fueran mías” (p. 76).

El contraste entre ambos se agudiza por la elocución del ingeniero Zamora, quien condena a don Jesús a la exclusión laboral por su condición de alcohólico y de enfermo mental. La desconfianza en el viejo se fortalece en la mente del Nene de tal manera que cuando se plantea la posibilidad de aliarse con él a propósito de que desea retomar el control de la obra, recontando el material durante la noche para no ser objeto de burlas por parte de los albañiles, se alerta por la desconfianza a la traición del viejo. No obstante, se ve obligado a hacerlo sin importarle mucho don Jesús: “Que el velador pensara lo que quisiera; a lo mejor veía muy natural que Federico hiciera el recuento. Y si no, ¿qué? Con qué derecho se burlaba don Jesús, con qué derecho se reía. Con el derecho que dan los años, nada más. Y por si no es suficiente, con el derecho del más listo, del que se atrevió a tomarle el pelo, del que nunca le ha tenido miedo a nadie, menos al Nene” (p. 86).

He aquí las dos visiones contrapuestas: una cuestionando el derecho del otro para burlarse de él, y otra apelando a la experiencia y a la inteligencia suficiente para timarlo como el fundamento a ese derecho. Aunque se señala que don Jesús no tiene miedo a nadie, esto no es del todo cierto: don Jesús sólo se valentona contra Federico porque ve en

él a un enemigo con otra condición clase: un *ingenierito estúpido* y sin la capacidad suficiente para enfrentar la vida. Así, la figura del velador se engrandece.

Esta confrontación sube de intensidad a tal grado que Federico ya no puede evitarla, lo que le provoca una angustia ya que, como un *Nene mimado*, no se siente preparado para enfrentar la adversidad. En una especie de fluir de la conciencia se plantea la amenaza física del velador y el rencor de Federico, la noche en que fue a contar el material. Esto bajo las indagaciones y conjeturas relacionadas a encontrar al asesino del viejo: “Federico tenía miedo (...) El viejo llevaba en la mano un martillo y se acercaba sin dejar de hablar, mariguano de remate. Era miedo y asco (...) Pero necesitaba hacer algo, y pronto: pegar la carrera o plantarse por primera vez en su vida para aguantar la embestida y vaciar sobre un loco degenerado la ira acumulada durante semanas y semanas de oírse nombrado con un apodo...” (p. 87).

Don Jesús representa un desafío para Federico. Es un peligro latente al cual debe enfrentar porque está de por medio su reputación y su condición de privilegios. De la misma forma, el impulso agresivo del viejo responde al hartazgo cimentado en el rencor social del explotado, del que no olvida las humillaciones recibidas por las distintas figuras de autoridad. Es por ello que el viejo identifica a Federico como el que saciará su sed de venganza, ya que “en el cerebro de don Jesús se grabaron los insultos para rebotar ahora, como impulsados por un resorte, contra el ingenierito estúpido...” (p. 88).

No obstante esta actitud desafiante, el viejo pronto advierte la posibilidad de que el Nene no soportará más burlas y humillaciones veladas de todos en la construcción, y prevé que tomará venganza: “Ya no están las cosas para reírse del Nene. Todo tiene un límite. Nadie aguanta tanto. Cualquier maldita noche de éstas (...) No asesinarán a Jacinto, no asesinarán al Patotas. Asesinarán a don Jesús” (p. 118). La utilización del plural en la conjugación diluye la posibilidad de que el Nene sea directamente señalado como el asesino del velador, sin embargo, el relato establece en varias circunstancias la probabilidad de que Federico es el responsable. En primer lugar, como ya se mencionó, la intuición del viejo en torno a que pronto vengará en él el coraje que

siente contra los albañiles; y por otro lado la noche del crimen estuvo presente Federico en la obra.

Como preámbulo de esto, una vez que regresó después de que se había ausentado durante tres meses, empieza una especie de premonición en la que don Jesús pareciera inconscientemente reconocer el rostro de Federico como su futuro asesino. Este hecho está marcado por la presencia en éste de la cruz del tres de mayo en lo más alto del edificio. Al voltear hacia ella, justo en ese momento, el viejo lo sorprende con “un grito agudo que ha paralizado a los albañiles y movilizado las miradas en dirección [suya]” (p. 123); sufre una convulsión de tal magnitud que provoca en el Nene un abrupto vómito: “El viejo ya no patalea. Han cesado las convulsiones, aunque le sigue saliendo espuma de la boca. Resuella, inconsciente. Sus ojos abiertos quedan fijos en el rostro de Federico, quien se vuelve de espaldas (...) —Se impresionó —dice Álvarez al ingeniero Rosas (...) Y Federico, deteniéndose de la barda con los brazos estirados, vomita contra la grava” (p. 124).

Después de este hecho Federico da la orden a Álvarez, quien no la cumple, de que se quite la cruz. Imagen que atrapa la atención del Nene desde que se acerca en su auto a la obra, y que de alguna manera le resulta incómoda. En este sentido pareciera representar para el viejo un símbolo de protección, ya previendo su muerte.

Según la tradición cristiana la cruz condensa la historia de la salvación y por tanto simboliza la pasión del Salvador (*idem.*: 363), es por ello quizá que Álvarez, el siempre protector del viejo, no obedece a Federico en quitarla: “—Quiten esa cruz —dice al día siguiente Federico. /Pero Álvarez se olvida, no da la orden. La mañana en que Isidro encuentra muerto al velador en el baño del departamento 201, la cruz continúa fija en lo más alto de la obra” (p. 131). Federico pareciera, sin advertirlo conscientemente, querer deshacerse de la cruz para dejar, incluso, sin posibilidad de salvación al viejo.

Ahora bien, retomando la mirada fija de don Jesús en Federico como la identificación de quien será el que finalmente acabará con su vida, en un hecho extraordinario y fuera de toda lógica “un estudiante somnoliento cree ver en el rostro amoratado del viejo la misma mueca de dolor que sacudió a Federico cuando don Jesús volvía en sí del ataque” (p. 83).

¿Por qué ya en la práctica de la autopsia, un estudiante de medicina percibe lo mismo que Federico, además de que conoce lo sentido por éste en el momento de las convulsiones, sin que en la anécdota se presente algún acercamiento entre ambos? Quizá porque representan a la misma clase social con privilegios, heredera de los que asesinaron a su padre y lo condenaron a él. Federico sería, en este sentido, un posible encargado para culminar la maldición.

Un pícaro perverso

Como ya se mencionó en el capítulo anterior don Jesús tiene un carácter picaresco. Al igual que el pícaro, el viejo sobrevive al margen de la sociedad, sin participar ni de sus leyes ni convenciones. El pícaro parece estar sometido a un determinismo sociológico al igual que don Jesús, sólo que éste encuentra su origen en un hecho sobrenatural: la maldición.

En el proceso para persuadir a Isidro, el velador recurre al consejo a raíz de que está a punto de contarle lo vivido en el manicomio. Como justificación a su forma de proceder ante el joven comienza su lección: "... al fin y al cabo que la ley de la vida es esa: el que madruga –lo dice el refrán– tiene el derecho de aprovecharse de los demás, para que algo sirvan las noches con el ojo pelón mientras los demás duermen muy confiados como dando a entender que dejan lo suyo al vivo que se afana para conseguir lo que en último grado, mirando las cosas con calma, viene siendo de todos" (p. 12).

La justificación del robo aprovechándose de los demás, ya sea por la confianza que inspiraba o por la falta de viveza de éstos, adquiere dimensiones divinas: Dios dispuso las cosas para los vivos. E incluso va más allá al aseverar que: "a Dios mismo le hubiera gustado, desde que les dijo a Adán y a Eva: váyase a la chingada, que todos pelaran los ojos. No todos lo entendieron y por eso hay tontos" (p. 12). Don Jesús asegura, como si tuviese un estrecho vínculo con Dios, que éste quiso en el momento de maldecir a la especie humana, alertarlos de un nuevo orden nada agradable para todos, en el cual don Jesús se encuentra perfectamente adaptado.

En este sentido, agradece que esta circunstancia sea así ya que, por el contrario, no habría sobrevivido:

...porque también hay que ver que de no haber tontos en este mundo sería muy difícil vivir, la gente andaría arrebatándose las cosas en la calle, lo cual es feo, se vería mal: unos a otros madrugándose y nadie que pusiera el orden porque ahora sí que cómo y para qué poner orden donde todos son vivos, a quién se va a proteger si cada quien se protege sólo agenciándose lo que se encuentra y teniendo con ello lo suficiente para irla pasando en la medida de la habilidad de cada uno (p. 13).

Es particularmente interesante cómo se articula un discurso religioso judeocristiano mediante el mito de Adán y Eva, con otro de origen científico que nos remite a la ley del más fuerte; que en este caso sería la ley del más vivo y hábil. Una especie de darwinismo social que busca abolir todas aquellas instituciones que están diseñadas para proteger al más vulnerable o débil: “La justicia y la cárcel las inventaron los débiles para proteger a esos pobres dejados que los hay y los habrá siempre, gracias a Dios desde luego, que así le facilita a uno la existencia sin que sea necesario ser mucho muy abusado” (p. 13).

Si consideramos la tesis de que las altas esferas sociales institucionalizaron los castigos de la justicia,⁶ la explicación de don Jesús resulta paradójica: los débiles inventaron la justicia y la cárcel. Ello forma parte del engaño que el viejo está tejiendo en Isidro, consistente en engrandecer su propia figura, posesionándose en la condición del poderoso, del *Gran chingón*.⁷

Por otro lado, en este mundo dominado por el más hábil no entran las mujeres ya que representan siempre una oportunidad para el gozo, aunque no deja de concebirlas como una amenaza latente. Es decir, las mujeres no tienen posibilidades bajo la *ley del más fuerte*, son susceptibles

⁶ Al respecto de puede consultar: Michel Foucault (2004). *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*.

⁷ Para la conceptualización de esta figura remitirse a Octavio Paz (1972). *El laberinto de la soledad*.

de ser víctimas, sin dejan de ser un peligro. Bajo esta perspectiva desarrolla su *lección* de cómo tratar y sacar provecho de las mismas.

Así se dibuja una especie de pícaro-maestro inmerso en una modernidad con una moral que, teñida por el cinismo, es muy sarcástica, individualista e incluso machista, y siempre al acecho. Además contrapone la idea de la justicia y el castigo institucional, a un supuesto derecho individual de origen divino.

En este sentido, el viejo representaría el fracaso de la moral dominante en un ámbito en modernización,⁸ que, por otro lado, se desarrolla y subsiste bajo una ética pragmática y utilitarista. Raúl Páramo nos dice al respecto: “Se trata de una ética propia del capitalismo, está emparentada con la ética de la angustia y en ella todas las normas están supeditadas en último término al beneficio económico personal inmediato a costa de cualquier otra cosa (...) Es la ética de la selva de cemento”.⁹

A diferencia del primer pícaro, el Lazarillo de Tormes, don Jesús sí desarrolla un resentimiento social. Quizá ese estado de cosas, donde la *ley del más vivo* es la que rige todas las acciones, produce este sentimiento de venganza en don Jesús como marginado social y víctima de diferentes vejaciones.

Carácter de un perseguido

Teniendo en cuenta el contexto de la obra, no podemos dejar de abordar algunas implicaciones de la figura del coyote, en la que se transforma el velador; por cierto, la única presenciada por Isidro y descrita a detalle. ¿Por qué don Jesús se convierte en coyote y no en otro animal? Lo primero que debemos decir es que con este término designamos al Lobo mexicano, por lo que la voz es del náhuatl.

Así, uno de los referentes ante esta palabra es la figura del rey-poeta Netzahualcóyotl, quien al estar constantemente perseguido por motivos de guerra, obtuvo este sobrenombre. El símil con don Jesús consiste en

⁸ Esta tesis corresponde a la expuesta por Poole Ross (1993). *Moralidad y modernidad. El porvenir de la ética*. Barcelona: Herder.

⁹ Páramo, *El psicoanálisis y lo social*, p. 36.

que tanto a uno como a otro se le persiguió¹⁰ y se les asoció con la figura del coyote.

Por otro lado, el acto de coyotear, es decir el coyotaje, contiene la idea de aprovecharse de una circunstancia desfavorable del otro para obtener un beneficio individual. Por ello es considerado como un animal nefasto y astuto,¹¹ en franca comunión con la figura del velador.

Ahora bien, René Girard identifica una especie de tipología de los motivos de la persecución. La condición que le otorga ser heredero de un tirano, lo posesiona en el banquillo de los acusados por un nuevo orden de cosas que buscaba restablecer la justicia para todos, como lo fue el movimiento de la Revolución mexicana. En este sentido, la maldición se caracteriza por ser un crimen violento cometido y perpetrado “contra aquellos a quienes es más criminal violentar”.¹²

En este nuevo orden se toma justicia contra aquellos que explotaron y ejercieron la violencia de un tirano, incluyendo toda su descendencia, porque “los perseguidores siempre acaban por convencerse de que un pequeño número de individuos, o incluso uno solo, puede llegar pese a su debilidad relativa a ser extremadamente nocivo para el conjunto de la sociedad”.¹³

Como efecto de esta persecución, los que la viven experimentan “una pérdida radical de lo social, el fin de las reglas y de las ‘diferencias’ que definen los órdenes culturales”.¹⁴ Esta particularidad coincide plenamente con el carácter de don Jesús y por ello actúa sin ningún escrúpulo o a partir de principios éticos retorcidos y poco aceptables hegemónicamente, pero que no le han impedido sobrevivir hasta con placidez.

¹⁰ “Padeció hambre, frío y penalidades, durmiendo a la intemperie; siendo tan hábil para escaparse de sus enemigos, que recibió el sobrenombre de Netzahualcóyotl (coyote que ayuna). Un glifo que lo representa se compone de una cabeza de coyote con una banda atada al cuello como símbolo del ayuno”. Carlos Sandoval L. (2002). *Acolmiztli Netzahualcóyotl, vida u poemas*, p. 6.

¹¹ Chevalier, *Diccionario de Símbolos*, p. 352.

¹² René Girard (1986). *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama, p. 24.

¹³ *Ibid.*, p. 25.

¹⁴ *Ibid.*, p. 22.

Así, don Jesús sostiene una serie de creencias de tipo moral y fantástico que responden a una serie de valores y manías que le otorgan sentido a su vida. Porque como nos dice Ortega y Gasset en *Ideas y creencias*, éstas:

...constituyen la base de nuestra vida, el terreno sobre [lo] que acontece. Porque ellas nos ponen delante lo que para nosotros es la realidad misma. Toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias auténticas. En ellas 'vivimos, nos movemos y somos'. Por ello no solemos tener conciencia expresa de ellas, no las pensamos, sino actúan latentes, como implicaciones de cuanto expresamos, hacemos y pensamos.¹⁵

Sin embargo, Federico representa a una visión contraria a las creencias del velador que incluso culminaría en la fuerte posibilidad de que fue el verdadero responsable de la muerte del anciano.

¹⁵ Citado en Renato Prada Oropeza, *Literatura y realidad*, p. 66.

LOS ALBAÑILES

Para referirme a este personaje colectivo es necesario detenerme en algunos sentidos de significado que contiene el nombre. Sólo esbozaré algunas ideas generales que, en algunos casos, coinciden con el relato. La denotación del término nos indica a aquel colectivo dedicado a construir todo tipo de vivienda o edificación. Es el grupo de trabajadores ubicados al final de la cadena en el proceso de planeación y culminación del trabajo arquitectónico, pues son los que ejecutan la construcción dirigida por el arquitecto y/o por el ingeniero civil. Bajo esta perspectiva están en el último eslabón de la cadena de mando y por tanto en la total subordinación. Su labor se diferencia de otros por el empleo indispensable de su fuerza física.

Este carácter utilitario y marginal dentro de las relaciones de poder en el proceso de construcción, se extiende a todo el espectro social. A pesar de que son los encargados de levantar ciudades y poblados son, paradójicamente, un grupo socialmente relegado y estigmatizado bajo una escala de valores donde se les atribuye nula educación, limitación en el uso adecuado del lenguaje, carencia de escrúpulos y altamente adictos al alcohol, entre otros. Sin bien lo anterior pareciere una serie de prejuicios arbitrarios, sí forman parte de una conceptualización general connotativa de este concepto en nuestro contexto cultural, y que en cierta medida se correlaciona con la anécdota.

En este capítulo abordaré sólo dos aspectos: su condición de marginado y su sentido de pertenencia donde se reivindicán como grupo y asumen su condición.

Un colectivo en el estigma

Su condición de marginados se profundiza porque son denostados, incluso, por algunos compañeros de trabajo que no se consideran como tal, como el velador y el plomero Sergio García. La estigmatización de este colectivo, se alimenta bajo el estereotipo de la ignorancia y la *inmoralidad*. Sólo basta recordar, como se advierte en el primer capítulo, que don Jesús los etiqueta como: "...pobres imbéciles que nunca tuvieron tierras, son unos ignorantes..." (p. 10).

Por su parte el plomero, hermano de Celerina, les teme y los asocia a la indecencia. Cuando es víctima del robo de una tarraja, evade confrontarlos para recuperarla. Prefiere comprar con su dinero otra y aguantarse las burlas de los albañiles, sabiendo que algunos de ellos, en complicidad, son los responsables. Él cree que no obtendrá nada si pregunta por lo robado. Sabe de antemano que no podrá encontrar en ellos ni honestidad ni solidaridad y menos aún arrepentimiento. Esta malicia es quizá el motivo por el que les teme, aunque él asegure ante el investigador que es sólo por su debilidad física. Además está convencido de que sólo buscan amarlo, y asegura que: "...con esta gente no se puede. Lo hacen todo adrede para fastidiarlo a uno" (p. 187).

En este sentido, en la misma circunstancia del interrogatorio, el Nene también señala que a los albañiles no se les debe tener confianza. Que fuera de la obra nadie sabía "cómo son verdaderamente" (p. 71). Aunque existe el reconocimiento de que poco los conoce para poder ayudar al esclarecimiento del crimen: "Podía dar, eso sí, sus puntos de vista sobre los albañiles, pero eran muy generales: no había peor gente que los albañiles" (p. 71). Así, tanto el velador, el plomero y el ingeniero no les otorgan confiabilidad, y menos aún este último.

A pesar de lo anterior, Federico, paradójicamente, es quien da una explicación sobre la idiosincrasia de los albañiles, contrastándolos, según él, con los campesinos "auténticos":

Los campesinos, los auténticos campesinos, son muy diferentes. (...) podía asegurar que son gente buena, gente que no está maleada y que sobre todo no padecen ese complejo de desadaptación tan característico de

quien deja su pueblo, su pedazo de tierra, y se viene a la capital deslumbrados por lo que oyen decir o impelidos por la necesidad. La ambición que produce el deslumbramiento y la necesidad de ganar más dinero son los dos móviles de su éxodo. (...) Viene entonces el desengaño y la frustración. Sería muy interesante (...) un estudio serio que explicara cómo tras el desengaño se vuelven hipócritas y desleales. Es natural que se odien entre ellos mismos porque como un espejo, cada albañil ve reflejado en su compañero su propia frustración” (p. 72).

Así, los albañiles son considerados, mediante un discurso científicista de carácter “antropológico”, como campesinos degradados moralmente por el desengaño y la frustración de la vida urbana. Dicho desánimo Jacinto lo expresa al Chapo Álvarez en la festividad de la Santa Cruz, bajo el influjo del alcohol, asegurando que en su pueblo lo respetaban, que era gente importante, que lo llamaban por su nombre y apellido: “... no andaba muerto de hambre. Allá en Ixtlán tenía mi casa, mi mujer, mis hijos, mis animales. Tenía chamba. Buena chamba, no estas porquerías de trabajo (...) Me respetaban, te digo. Era Jacinto Martínez, no cualquier indio desharrapado. No me vine a la capital por falta de dinero ni por muerto de hambre, ni por nada de lo que tú crees, Chapo. Me vine porque me dio mi regalada gana” (p. 219). Si bien los motivos de Jacinto contradicen el razonamiento de Federico, se expresan estando alcoholizado y bajo el resentimiento.

No obstante el Chapo pareciera coincidir con Federico en el sentido de reconocer la alta necesidad económica como uno de los motivos principales de la movilidad campesina. A pesar de ello o precisamente por ello, son marginados de la *civilización*, considerándolos incapaces de poder adaptarse a la misma, siendo necesario: “reconocer que su mundo termina en la carretera y que es inútil prolongarlo, salirse de los límites (...) todos los esfuerzos para incorporarse a la civilización son inútiles y al mismo tiempo causa de un resentimiento que les embota el cerebro y que en vano tratan de lavar cada sábado con pulque” (p. 87).

Este prejuicio del ingeniero con respecto de los albañiles, surge de la concepción de modernidad “...correspondiente a un concepto de pro-

greso en términos externos: crecimiento de ciudades, transformación de hábitos de consumo, comportamientos urbanos...”¹

La imposibilidad de ser civilizados los arroja a la condición de bárbaros incapacitados para una noción de progreso justificada por la ostentación de un proyecto civilizatorio delineado por las relaciones que genera el mercado. La asociación entre *civilización* y *progreso* tiene sus orígenes en el nacimiento de las sociedades regidas por la propiedad privada, la división del trabajo, la expansión económica y un mundo de intercambio, constituyentes de la estructura social.²

Así, por la imposibilidad de volver al pueblo o de poseer la tierra, por un lado, y por otro lado, la fuerte estigmatización diversificada en el ámbito urbano con aspiración hacia una modernidad excluyente, los albañiles son víctimas de extrema marginación: no pertenecen ni al campo ni al nuevo paisaje citadino. Atrapados en un estadio intermedio que los margina física y simbólicamente. Es tal la estigmatización que ésta establece puntos de coincidencia entre las dos figuras más opuestas: don Jesús y Federico.

Una reivindicación de los albañiles

Por su parte los albañiles, “hombres de condición inferior” (p. 87), según Federico, también ejercen su fuerza colectiva para contrarrestar esa circunstancia social injusta en la que están inmersos. Como ya se mencionó, ni el ingeniero ni el plomero se atreven a confrontarlos pues ejercen un poder a partir de una mayoría que intimida. Federico al intentar revisar el material para poner en orden las cuentas de la obra, prefiere hacerlo

¹ Rita Eder (2001). “Modernismo, modernidad, modernización: piezas para armar una historiografía del nacionalismo cultural mexicano”. *El arte en México: autores, temas, problemas*, p. 351.

² En estos términos, el concepto de civilización se usa, a la usanza de la sociedad de la ilustración para legitimar la opresión y la explotación, aunque “los valores que encarnaba eran concebidos como universales y, en principio, alcanzable por todos”. En torno esta conceptualización véase Poole Ross, *Moralidad y modernidad*, p. 45.

después “porque en ese momento los albañiles lo observaban, desgraciados hijos del mal dormir no dejan trabajar, quien sabe cómo lo miraban y qué cosas estarían murmurando por lo bajo, ¡así no se puede!” (p. 85).

Esta intimidación es aprovechada por el grupo para sustraer material. El maestro de obra, el Chapo Álvarez, es, por ejemplo, el principal impulsor de que se robe todo lo necesario para edificar la casa de Jacinto. Para ello cuenta con la solidaridad de un buen número de albañiles. A los cuales, dice Jacinto, sólo bastaba “que les pasara yo para sus aguas, porque siempre –estaban en su derecho– cuesta su lucha trabajar de dado en las tardes y será mucha la amistad, pero también las necesidades de vivir menguan el bolsillo” (p. 201). Se establece, entonces, una relación de solidaridad recíproca que facilita la cohesión del grupo.

Es por ello, quizá, que el robo ante Federico es abierto y descarado. Tienen tal control sobre éste en la obra que “había veces en que en sus meras narices el Patotas salía cargando el bulto de cemento y él no decía nada; al revés, volteaba para otro lado como diciendo: no me doy cuenta, no me doy cuenta” (p. 205). Esta especie de sublevación de baja intensidad de los albañiles es posible por la inseguridad de Federico y consiste en un acto delictivo de carácter justiciero; en el que se pone a prueba el poder de los albañiles ante una figura de autoridad que, al mismo tiempo, representa una oportunidad para el escarnio.

En torno al carácter solidario que adoptan, la figura del Patotas se destaca. Es el único que no acepta remuneración por ayudar a Jacinto, arguyendo que: “siendo mi compadre –nos dice Jacinto– alegaba que era un insulto ofrecerle lana, cuando que él estaba allí por el puro gusto de ayudarme. Dijo que eso no era trabajo sino quehacer de amistad” (p. 202). Su solidaridad es ejemplar ya que incluso durante el interrogatorio sus razonamientos en torno al posible asesino, se dirigen contra Federico sin muchos argumentos convincentes; siempre defendiendo a sus compañeros de trabajo.

Para abonar en contra del Nene, el Patotas relata al interrogador el altercado que tuvo con Jacinto. La circunstancia ponía en entredicho la capacidad laboral de todos los albañiles ahí presentes. Aunque el conflicto fue directamente con Jacinto, en éste residía la reivindicación de los demás. Ante el grave error de Federico al dar una mala indicación

para construir una columna, todos se dieron cuenta de la ineficiencia del Nene. En una de las pocas visitas que hizo a la obra el ingeniero Zamora, padre de Federico, éste no acepta su error y culpa a los albañiles. El Patotas recuerda perfectamente que es Jacinto el que intenta dignificar su capacidad de albañil en frente de todos, porque:

...son ofensas muy duras y además el asunto no termina en un vámonos pa afuera a trabajar a otro lado, eso sería lo de menos si no hay la cosa de que está bien, agarro mis cosas y me voy, no me importa que piensen que soy mal albañil; sí señor, sí importa, porque quien quita y a la hora de agarrar chamba en otra obra se encuentra Jacinto con que ya llegó hasta allá el mal rumor de que como albañil no sirve y mejor dedícate a vender raspados, o cualquier cosa por el estilo. No, señor. Jacinto sabía esto y se defendió con dignidad y la armó grande, del tamaño que la debía armar delante del ingeniero y su hijo. Todos los albañiles lo apoyaban... (p. 49).

El Patotas asume como suya esta dignificación del oficio de albañil, pues también considera las consecuencias del desprestigio. Para ello establece una escala que valoriza su oficio por encima de la del vendedor callejero. En este sentido, la reivindicación de su trabajo la establece discriminando oficios considerados más marginales. Quizá porque advierte que su labor forma parte del proceso de creación de espacios vitales para las actividades humanas, como la vivienda. Además de que defiende sus conocimientos meramente empíricos e intuitivos ante los legitimados por una institución educativa.

Así ante las injurias del ingeniero, el Patotas expresa, junto con Jacinto, una identidad de albañil muy arraigada en la solidaridad y en la conciencia de clase: “Esa gente como el ingeniero Zamora, decía Patotas, nomás cuida sus propios intereses” (p. 145). Como respuesta a estos intereses relata la intimidación que ejercieron contra Federico con la amenaza de huelga, a raíz del control que éste quería establecer: “¿Sabe cómo lo asustó? Le dijo que nomás le revolviere un poquito al asunto y ya vería la de líos que se armaban con lo del sindicato. El Nene peló los ojos; se imaginó yo creo la bandera puesta en la obra y todos nosotros en huelga” (p. 51).

Además pareciera que los albañiles no soportan que un “hijo de papi”, que no sabe sobre su profesión y que además no acepta sus errores, sea su jefe. Por ello las burlas y su apodo: el Nene. Detrás de esta posibilidad estaría la importancia al esfuerzo y al mérito. Es decir, Federico no merece ser el director de la obra por el solo hecho de heredar de su padre este privilegio, en su condición de hijo primogénito.³

De tal forma, los albañiles como colectivo inclinan la balanza a su favor en esa situación de desventaja social, respecto a una clase media-intelectual formada en la universidad. Imponen su mayoría ejerciendo la intimidación, ya sea física, psicológica o laboral, en pleno dominio de su espacio de trabajo.

Así se entreteteje una relación de resentimiento mutuo entre estas figuras, que representan estratos sociales diferentes. Las relaciones de poder están delineadas por las provocaciones, los prejuicios y una marcada marginalidad que encuentra en el robo, el escarnio y la solidaridad, actos de resistencia.

³ Para abundar más sobre esta dicotomía *mérito-herencia*, sirve de mucho el análisis que desarrolla Edmond Cros sobre la novela *el Periquillo Sarniento* en su obra *Ideosemas y morfogénesis del texto*.

CONCLUSIONES

Para explicar globalmente las relaciones de poder, los procesos de exclusión y los conflictos dilucidados en este acercamiento analítico a los personajes de *Los albañiles*, de Vicente Leñero, propongo unas primeras conclusiones.

Ética de un marginado

En relación con don Jesús diré que, aunque sabe distinguir entre el bien y el mal, su comportamiento resulta ser de una ética entre estos polos, alimentada por su carácter antiheroico. Si seguimos a Sigmund Freud la ética está trazada por el influjo del conocimiento y por un aspecto de orden "biológico": la compasión.¹ Don Jesús ni lo uno ni lo otro. Su conocimiento es netamente intuitivo paralelo a un discurso mágico-religioso como explicación de su circunstancia; no conoce la compasión porque es víctima y victimario, porque hereda de su padre esa aspiración del gran señor; del que nunca pierde y si pierde arrebatada. Don Jesús carga esta herencia con gran pesar porque es irrealizable, pero, al mismo tiempo, con mucha astucia, esta "desgracia" es la que utiliza para sobrevivir haciendo sentir culpables a los demás de su condición.

El chantaje emocional, como estrategia de persuasión, generalmente le funciona, y no sólo le alcanza para sobrevivir sino para su recreación, ya sea a través de la seducción a través de la palabra (historias extraordinarias y consejos), la violencia o una perversa sexualidad.

¹ Páramo, *El psicoanálisis y lo social*, p. 19

Siguiendo la distinción básica entre principios éticos que advierte Raúl Páramo, don Jesús sostiene una ética, actuando casi siempre con malicia, en donde se justifica el aprovecharse de los demás para sólo dar cuenta a instancias “*extra-humanas*”: a la divinidad y particularmente al diablo. Esta ética se origina por el hecho revolucionario que salda cuentas con el asesinato de su padre (el cacique de media Salvatierra) y con la marginación social del viejo, que respondería a la otra ética, en la que es justamente al ser humano al que se debe dar cuenta.²

Modernidad y resistencia

La creencia sobre “los endemoniados”, por otro lado, no resulta necesariamente irracional en la cultura occidental moderna, más bien respondería a la idea de que la figura del diablo no forma parte del pasado cultural, sino que se mantiene en la esfera laica al mismo nivel que en el ámbito religioso,

...pues ese demonio no es solamente de la Iglesia, también representa los aspectos oscuros de nuestra cultura, la antítesis exacta de las grandes ideas que ella ha producido y exportado al mundo entero, desde las cruzadas hasta la conquista del espacio interplanetario. (...) El diablo, cuyo nombre significa “el separador” en el Nuevo Testamento, encarna el espíritu de ruptura frente a todas las fuerzas, religiosas, políticas y sociales...³

En consecuencia, don Jesús y algunos albañiles, se encuentran en constante pugna tanto con un mundo mágico-religioso determinado por la figura del diablo, como con el mundo de la urbanización y una modernidad sintetizada por el ingeniero Zamora y Federico. De tal modo,

² *Idem.*

³ Robert Muchembled (2002). *Historia del diablo. Siglo XII-XX*, p. 10.

se plantean *imaginarios colectivos*⁴ o *culturas*⁵ que se entrelazan y rechazan mutuamente.

Edmond Cros señala, en este sentido, que la cultura puede ser definida como el espacio ideológico y “un bien simbólico colectivo”.⁶ Esta idea permite explicar como el diablo está presente en el espacio ideológico de los personajes. Cada uno se apropia, asimila e interioriza en mayor o menor grado a la representación del mal, según su posición de clase.

En este sentido, Federico expresa, mediante un discurso científicista, una explicación cercana a:

La teoría de la modernización de Germani, (que) hace la diferenciación entre la existencia de un sector de la sociedad como moderno y otro tradicional, principalmente dando cuenta de la división entre el mundo urbano y el rural. En el sector tradicional estarían los marginados que no han logrado incorporarse a los beneficios que la sociedad moderna puede otorgarles, para lo cual el Estado debe estimular la

⁴ Refiriéndose al imaginario colectivo el historiador Robert Muchembled nos dice: “Es una suerte de maquinaria oculta bajo la superficie de las cosas, poderosamente activa porque crea sistemas de explicación y también motiva tanto las acciones individuales como los comportamientos de los grupos. Cada uno es depositario de partes de este saber y de las leyes que lo rigen (...) La representación imaginaria colectiva es viva, poderosa, sin parecer necesariamente homogénea, pues se adapta infinitamente a los grupos sociales, las categorías de edad, los sexos, los tiempos y los lugares”. *Idem*.

⁵ Siguiendo a Parson, Clifford Geertz nos dice que el concepto de cultura se debe entender como un sistema de “símbolos en virtud de los cuales el hombre da significación a su propia experiencia. Sistema de símbolos creados por el hombre, compartidas, convencionales, y, por cierto, aprendidos, suministran a los seres humanos un marco significativo dentro del cual puede orientarse en sus relaciones recíprocas, en su relación con el mundo que los rodea y su relación consigo mismo”. Geertz (2000). *La interpretación de las culturas*, p. 215.

⁶ Edmond Cros (1997). *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis*, p. 11.

participación y organización de los marginales para su incorporación plena en la sociedad.⁷

Aunque este enfoque coincide con el postulado del Nene, éste cancela toda posibilidad de integración de los albañiles a la sociedad moderna. Y no por fallar la política económica del sistema social, sino por la incapacidad casi innata de éstos. Es decir, es absolutista y niega cualquier integración de esta *cultura popular tradicional* a la *cultura moderna*. Los albañiles, según la perspectiva del joven ingeniero, no podrán adquirir y, menos aún, *asumir* algunos principios denominados modernos (el estudio, la competencia económica propia del capitalismo, las “buenas” costumbres, etc.) y dejar el resentimiento, la traición, los vicios y el despilfarro.

En este sentido, particularmente don Jesús y en general algunos albañiles –los marginados– encuentran aspectos favorables como actos de resistencia y contrapeso ante la adversidad de su colectivo. Los aspectos positivos en la conducta de los personajes, provienen incluso de la conquista española y forman parte de ese contexto histórico y cultural. A este respecto, Raúl Páramo afirma que este suceso de gran magnitud en la historia de México, dejó en la colectividad ‘el trauma que nos une’, originado por la invasión europea: “Desde luego esta ‘tradicción negativa’ ha dejado, también, un par de características que, si se consideran aisladamente no podemos menos de atribuirles signo positivo: la ingeniosa capacidad de improvisación, hija de la astucia y meta del impulso de sobrevivencia”.⁸

Por otro lado, don Jesús y Federico comparten un aspecto que los vincula, consistente en un afán de carácter aristocrático. Mientras uno es denostado, entre otras cosas, por heredar un trabajo sin merecerlo, el otro contiene una aspiración que rechaza el esfuerzo, y en cambio añora la herencia truncada del poderío del padre. De tal modo se trasluce una pugna entre los ideales de un tipo de burguesía liberal contenida en los albañiles, donde el esfuerzo y el mérito son lo que importan y otra

⁷ Citado en Oscar Dávila León. *Exclusión social y juventud popular*, p. 4.

⁸ Páramo, *El psicoanálisis y lo social*, p. 83.

de carácter aristocrático, donde el mantenimiento de la *transmisión testamentaria*⁹ es indiscutible.

Ahora bien, esta degradación o marginalidad se agudiza bajo la concepción de la ciudad como receptora de la modernización o núcleo de la modernidad,¹⁰ donde lo tradicional, lo rural, la comunidad agraria, lo arcaico y en general todas aquellas expresiones aparentemente no urbanas, representan formas atrasadas del desarrollo industrial. Los albañiles son una expresión de ello; son, para las clases privilegiadas, herramienta humana indispensable para este proceso modernizador.

Bajo esta tónica los albañiles quizás sean los representantes prototípicos, en cierta decadencia, de la llamada *cultura popular* en un entorno urbano. O si se quiere, bajo el paradigma modernizador, ejemplifican a las *culturas tradicionales* (propia de las sociedades étnicas o agrarias preindustriales), contrapuestas a la *cultura moderna*; entendida ésta como la conjunción específica entre *cultura de masas* y *cultura científica* en un contexto urbano.¹¹

De tal forma, los albañiles representan una extensión del ámbito rural –de la *cultura popular tradicional*–, a través del flujo migratorio del campo a la ciudad impulsado por la carencia económica. Ésta se agudiza particularmente en los años cincuenta en nuestro país, y encuentra en el personaje de Jacinto a su mejor representante.

En la instancia narrativa, la añoranza o el simple recuerdo de varios de los albañiles por su origen campesino, está presente. Si bien no todo emigrante a la ciudad se convierte en albañil, gran parte de éstos son captados por la industria de la construcción durante el impulso modernizador entre las décadas cincuenta y sesenta del siglo XX.

⁹ Edmond Cros, *Ideosemas y morfogénesis del texto*.

¹⁰ Para conocer más sobre el tema véase a Néstor García Canclini, coord. *La antropología urbana en México*.

¹¹ Para la aclaración de dichos conceptos véase a Gilberto Giménez (2003). “La investigación cultural en México. Una aproximación”. José Manuel Valenzuela, coord. *Los estudios culturales en México*. México: FCE, colección Biblioteca Mexicana.

En su carácter marginal dentro de la modernización urbana, la integración de los campesinos-albañiles a la industria de la construcción se presenta de manera informal: sin derechos laborales ni contratos de por medio.¹² Estos últimos son reclamados por el Patotas sólo como amenaza hacia los patrones, representados por Federico, y no como una circunstancia que se desarrolle plenamente en el relato.

Todos forman parte de un gran colectivo y en él las divergencias entre sujetos reproducen, siguiendo a Cros, las diferencias de clase.¹³ Así, la novela indaga en los trabajadores que se enfrentan con sus iguales y con sus diferentes: sus inferiores y superiores. Que atraviesan mundos mágicos para dar explicación a una realidad que escapa de sus manos y les recuerda que son seres de la oscuridad, expulsados de sus tierras y rechazados por el gobierno, por sus familias, por el destino, por sectores sociales privilegiados que sólo ven en ellos mano de obra fácilmente desechable.

Por ello se conforman como seres marginales, figuras alegóricas o abstractas, que sirven de contrapunto o de activadores de una conciencia y una práctica burguesa hegemónica. Y que en este sentido, se constituyen como catalizadores “de la modernidad mexicana, para ejercer una fascinación sobre sus contemporáneos de carne y hueso, debe[n] mostrar una dimensión trágica y dramática. De manera similar al dramatismo del hombre expulsado de su edén primitivo, el nuevo personaje (de la modernidad) ha de ser un paria de su propia sociedad que lo ha creado: su contorno urbano y sus propios compañeros en la miseria lo traicionan y lo agraden”.¹⁴ En un proyecto civilizatorio supuestamente benefactor que los excluye y los orilla a diseñar diversos actos de resistencia.

¹² Esta aseveración se sustenta en: Larissa Lomnitz (2001). “Redes sociales y estructura urbana de América Latina”. Miguel León Portilla, coord. *Motivos de la antropología americanista. Indagación en la diferencia*.

¹³ Cros, *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis*.

¹⁴ Roger Bartra. *La jaula de la modernidad*, p. 136. El cierre entre paréntesis es nuestro.

BIBLIOGRAFÍA

- Acha, Juan (1994). *Las culturas estéticas de América Latina*. México: UNAM.
- Araújo, Nara y Delgado, Teresa, selección e introducción (2003). *Textos de teoría y crítica literaria. Del formalismo a los estudios postcoloniales*. México: Universidad de la Habana/Universidad Autónoma Metropolitana-I.
- Barthes, Roland (2000). *El placer del texto y lección inaugural*. México: Siglo XXI.
- Bartra, Roger (1996). *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (1991). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Chevalier, Jean (1999). *Diccionario de Símbolos*. Barcelona: Herder.
- Cros, Edmond (1997). *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis*. Buenos Aires: Argentina: Ediciones Corregidor.
- (1992). *Ideosemas y morfogénesis del texto. Literaturas española e hispanoamericana*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag.
- (1986). *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid: Gredos.
- Delumeau, Jean (2005). *El miedo en occidente*. México: Taurus.
- Eder, Rita, coord. (2001). *El arte en México: autores, temas, problemas*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Lotería Nacional para la Asistencia Pública/Fondo de Cultura Económica, colección Biblioteca Mexicana.
- Eliade, Mircea (1991). *Mito y realidad*. Barcelona: Editorial Labor.
- Florescano, Enrique, coord. (2002). *Espejo mexicano*. México: CONACULTA/Fundación Miguel Alemán/FCE.

- Foucault, Michel (2004). *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- (2000). *Un diálogo sobre el poder*. Madrid: Alianza.
- Frost, Elsa Cecilia (1990). *Las categorías de la cultura mexicana*. México: UNAM.
- García Canclini, Néstor, coord. (2005). *La antropología urbana en México*. México: CONACULTA/UAM/FCE, Colección Biblioteca Mexicana.
- Geertz, Clifford (2000). *La interpretación de las culturas*. 10a. reimpresión. Barcelona: Gedisa.
- Giménez, Gilberto (2003). “La investigación cultural en México. Una aproximación”. José Manuel Valenzuela, coord. *Los estudios culturales en México*. México: FCE, colección Biblioteca Mexicana.
- Girard, René (1986). *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama.
- Jalón, Mauricio (1994). *El laboratorio de Foucault. Descifrar y ordenar*. Barcelona: Anthropos.
- Leñero, Vicente (1964). *Los albañiles*. México: Seix Barral, Planeta.
- León Portilla, Miguel, coord. (2001). *Motivos de la antropología americanista. Indagación en la diferencia*. México: FCE.
- Moore, Robert y Douglas Gillette (1993). *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*. España: Ediciones Paidós.
- Mora, Sonia Marta (1995). *De la sujeción colonial a la patria criolla. El periquillo Sarniento y los orígenes de la novela hispanoamericana*. Montpellier: Institut de Sociocritique.
- Muchembled, Robert (2002). *Historia del diablo. Siglo XII-XX*. México: FCE.
- Páramo Ortega, Raúl (2006). *El psicoanálisis y lo social. Ensayos transversales*. México: Universitat de València/Universidad de Guadalajara.
- Paz, Octavio (1972). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Poulantzas, Nicos (1878). *Las clases sociales en el capitalismo actual*. México: Siglo XXI.
- Prada Oropeza, Renato (1993). *Análisis e interpretación del discurso narrativo literario*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas.
- (1999). *Literatura y realidad*. México: Fondo de Cultura Económica/Universidad Veracruzana/Universidad Autónoma de Puebla.

- Reyes, Graciela (1984). *Polifonía textual. La citación en el relato literario*. España: Gredos.
- Ross, Poole (1993). *Moralidad y modernidad. El porvenir de la ética*. Barcelona: Herder.
- Sandoval L., Carlos (2002). *Acolmiztli Nezahualcóyotl, vida y poemas*. México: Colección Nahuatl, Tlahcuilo, Culturas Indígenas.
- Stavans, I. (1993). *Antihéroes. México y su novela policial*. México: Joaquín Mortiz.
- Valenzuela, José Manuel, coord. (2003). *Los estudios culturales en México*. México: Fondo de Cultura Económica, colección Biblioteca Mexicana.
- Vattimo, G. et al. (2003). *En torno a la posmodernidad*. Barcelona: Anthropos.

Direcciones electrónicas

- Dávila León, Oscar (2006). *Exclusión social y juventud popular*. Chile: Red Última Década. Disponible en: site.ebrary.com/lib/guadalajarasp/Doc?id=10124124&ppg=6
- Medina Carrasco, Gabriel (2006). *Deseo y poder. Relaciones de intimidad*. México: Red Nueva Antropología. Disponible en: site.ebrary.com/lib/guadalajarasp/Doc?id=10147478&ppg=6
- Scantlenbory, M. (2000). "Paco Ignacio Taibo II: La novela negra es la gran novela social de fin de milenio". *Caras*. Disponible en: www.caras.cl/ediciones/paco.htm (16/09/2005).
- Solano, Mariela (2006). *La marginación de los homosexuales en el ámbito familiar, laboral y educativo en Costa Rica*. Perú: Ilustrados.com. Disponible en: site.ebrary.com/lib/guadalajarasp/Doc?id=10131232&ppg=7

Marginalidad y poder en la novela Los albañiles, de Vicente Leñero.

Un acercamiento analítico a los personajes

No. 7

Tiro: 1 ejemplar